

CHRONOS ONE

Comienza la exploración



CHRONOS ONE

Comienza la exploración

NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN

Título de la obra: CHRONOS ONE: Comienza la exploración.

Autor: Fernando Marmaneu Cánovas

Año de publicación: 2026

Copyright © Fernando Marmaneu, 2026.

LICENCIA CREATIVE COMMONS

Esta obra está sujeta a una Licencia Creative Commons Atribución NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Bajo las siguientes condiciones:

Atribución (BY): Debe dar crédito de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.

NoComercial (NC): No puede utilizar el material para fines comerciales.

SinObraDerivada (ND): Si remezcla, transforma o crea sobre el material, no puede distribuir el material modificado.

Para ver una copia de la licencia, visite: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.e>

Prólogo

Dicen que toda civilización, en su esencia, no es más que una conversación milenaria con su estrella. La hoguera primigenia en el centro de la tribu y el faro en la oscuridad del cosmos. El dios silencioso que dicta con su luz los ciclos de la vida y la muerte. La humanidad, en su largo y sinuoso viaje desde el polvo de África hasta los confines de Plutón, no fue una excepción. Nacida bajo el amparo de un sol generoso, aprendió a leer en su luz las estaciones y los destinos. Lo adoró con sangre. Después lo midió con ciencia. Y finalmente, en la cima de su poder, lo dio por sentado.

Hubo un tiempo, grabado a fuego en las leyendas que fundaron la era actual. Una era en que la humanidad ya se había enfrentado al fin. No fue un crepúsculo lento como el que ahora padecían, sino un abismo súbito. La llegada de un cometa errante y la boca insaciable de un agujero negro al que llamaron Morfeo que amenazó con devorar el Sistema Solar entero. De esa oscuridad, de ese desafío imposible, surgió la misión de la nave *Nova Dos*. Sus héroes, comandados por el legendario **Aníbal Andrade**, no trajeron una simple victoria. Trajeron un

milagro: el colapso controlado de Morfeo y el nacimiento de un segundo sol, una protoestrella hija de la singularidad, una promesa ardiente de que incluso en la más absoluta nada, podía nacer la luz.

Pero la *Nova Dos* no solo dejó como legado una nueva estrella en el firmamento. Trajo consigo algo infinitamente más valioso, un secreto arrancado de las fauces de la propia singularidad: **los datos imposibles**. Información sobre la verdadera naturaleza del espacio-tiempo, recopilada desde el interior mismo del agujero negro. Estos datos, custodiados y descifrados durante dos siglos gracias a la conciencia sintética que sobrevivió a la misión —un ser conocido como Hermes—, permitieron a la humanidad forjar la llave definitiva. Descubrieron que Morfeo no había desaparecido sin más; había dejado cicatrices, ecos en el tejido del tiempo. Aprendieron a navegar esos ecos. Crearon el **Portal del Tiempo**. La puerta a través de las eras.

El apellido Andrade quedó así grabado en la historia, un linaje marcado por hazañas al borde de lo imposible. Un legado forjado no solo en el milagro de Morfeo, sino también en las dolorosas decisiones tomadas bajo presión, como las narradas en las antiguas "**Crónicas de Ícaro**": ecos del sacrificio de un piloto en los cielos helados de Calisto. Un trágico evento que definió para siempre el verdadero y amargo coste del liderazgo para el primer Comandante Andrade. Un peso que ahora estaban sobre los hombros de su descendiente, Kaelen.

Qué ironía tan cruel y cósmica. Esta misma especie, capaz de presenciar el parto de una estrella y de dominar el flujo del tiempo, se encontrara ahora muriendo. No moría por un cataclismo externo, sino por el eco silencioso de un pecado olvidado. La amenaza no llegó como un estruendo. Llegó como un susurro. Una herida invisible infligida al tiempo por la arrogancia de unos ancestros que creyeron poder saquear el futuro para pagar las deudas de su presente.

Este es el relato de ese crepúsculo. Una historia sobre cómo la luz más brillante puede engendrar la sombra más larga. Porque cuando el corazón de un sistema solar se apaga, no solo amenaza la vida. Amenaza también la memoria. Y a veces, para reavivar la llama, es necesario viajar de vuelta a la oscuridad donde se originó la primera sombra.



Capítulo 1:

La Sombra de Ícaro

La luz del Sol ya no era un recuerdo. Era una leyenda.

En una neocúpula educativa de la Federación Alpina, una niña de diez años observa un holograma de archivo con el ceño fruncido. La imagen muestra una playa del siglo XXI donde el sol es una explosión blanca y cegadora que hace brillar la arena como diamantes. La gente, con su tono de piel tostada, corre y ríe bajo su caricia violenta. La niña parpadeó un instante y compara la imagen que observa y siente, con la luz anémica que se filtra por el ventanal de la clase, una luz que tiñe la nieve perpetua de los Alpes de un triste color melocotón. No puede imaginar tanto calor de forma diaria, habitual. Tanta vida. Tanta energía derrochada. Algo que que

ahora solo es una reminiscencia del pasado.

El sol que ella conoce es un ascua cansada en el terciopelo negro del espacio. Un rubí enfermo que baña las superestructuras de la Tierra con un eterno y melancólico atardecer. Para sus padres, el mediodía en el ecuador tiene la fuerza de un sol de invierno en la antigua Estocolmo. Para ella, el cenit es apenas la promesa de un amanecer que nunca llega.

Esta famélica luz es el origen de una silenciosa plaga.

La primera víctima fue la energía. Las vastas redes de colectores orbitales, diseñadas para un sol orgulloso, ahora ofrecían apenas un goteo. Para compensarlo, la ingeniería se había volcado hacia el interior con el desarrollo de una extensa y compleja red de plantas geotérmicas. Extraían el calor agónico del corazón de la Tierra, Marte y Titán.

Pero era una solución insuficiente, un intento desesperado de calentar una casa moribunda con una vela. Los racionamientos seguían siendo una constante en la vida diaria.

La segunda víctima, inmune a cualquier solución geotérmica, fue el alimento. Las cosechas en las llanuras terraformadas de Marte se marchitaban, incapaces de completar el milagro de la fotosíntesis. La amenaza de una hambruna a escala sistémica era real. La tercera, la más insidiosa, era el aire. Los procesadores

atmosféricos, privados de la energía solar masiva para la que fueron diseñados, empezaban a flaquear. El aire, en cada mundo habitado, se sentía cada año más fino, más frío. Era el preludio de una asfixia lenta que abarcaba un sistema solar entero.

A estas plagas físicas se sumaba una cuarta, más silenciosa pero igual de corrosiva: la del espíritu. Para combatir la creciente apatía y el estrés crónico de vivir en penumbra, se habían popularizado los "refugios lumínicos". Eran centros terapéuticos donde los ciudadanos pasaban varias horas a la semana inmersos en entornos holográficos y sensoriales de alta fidelidad. Allí, bajo un sol artificial que replicaba a la perfección el espectro y el calor del astro perdido, paseaban por bosques frondosos o playas de arena blanca. Sentían el calor en la piel. Sentían el viento en el rostro. Y por un momento, recordaban lo que era vivir sin el peso del crepúsculo. Era una terapia necesaria, un bálsamo para el ánimo colectivo, pero también un recordatorio agri dulce de lo que habían perdido. Una esperanza artificial de que algún día, gracias a la ciencia, volverían a sentirlo de verdad.

Y nadie sentía el pulso de esta agonía, ni la falsedad de esa esperanza, con más urgencia y frustración que la Doctora Aris Thorne.

Si la humanidad tenía un cerebro colectivo, ese cerebro era Aris Thorne. A sus ciento treinta años, era la mente

científica más brillante de su generación. Una leyenda viva cuya inteligencia operaba en un plano diferente al del resto de mortales. Fue ella quien, hacía décadas, había descifrado las matemáticas de la "singularidad inversa" de Morfeo. Sus cálculos sentaron las bases teóricas que convirtieron el Portal del Tiempo de un fenómeno caótico a una puerta navegable. Fue ella también quien diseñó los escudos de plasma de las plataformas de extracción de Júpiter, capaces de resistir presiones antes consideradas imposibles. Criada en el entorno lógico y estéril de la Academia de Ciencias de Marte, Aris veía el universo no como un lugar de maravillas, sino como un vasto sistema de ecuaciones esperando a ser resuelto.

No era arrogancia. Simplemente, operaba con la certeza absoluta de que todo problema tenía una solución lógica y que ella era la más capacitada para encontrarla. La política le aburría. Las emociones humanas le parecían una variable ineficiente e innecesaria. Su esperanza no era un sentimiento, sino una conclusión: el Sol se moría por una causa, y si había una causa, debía existir una cura. El universo, para ella, no jugaba a los dados. Su deber era encontrar la ecuación correcta.

Su santuario era el Observatorio de Lagrange, una joya de cristal y acero anclada en el Punto de Lagrange 1. Aquel nudo invisible en el tejido del espacio-tiempo entre la Tierra y el Sol donde la gravedad de ambos astros se cancelaba mutuamente. Era el único lugar en el sistema

que ofrecía una vista perpetua y sin obstrucciones del astro rey que en épocas más felices, había sido el ojo vigilante de la humanidad. Ahora se había convertido en el balcón perfecto para presenciar la agonía de su propia estrella productora de vida y calor.

Desde este puesto privilegiado, Aris pasaba sus ciclos contemplando al gigante moribundo. El holograma del Sol que dominaba la sala era su obsesión.

—No es un ciclo de vida natural—. Su susurro se perdió en la inmensidad de la sala. Sus dedos evocaron gráficos y ecuaciones en el aire, en las consolas virtuales—. La masa es correcta. La fusión es estable. Es como si tuviera un parásito. Como si algo le estuviera bebiendo el alma.

Llevaba meses atrapada en la misma pregunta imposible. Fue entonces, persiguiendo una corazonada, cuando amplificó una distorsión infinitesimal en la corona solar. No era una emisión. Era un vacío. Una herida en el propio tejido del espacio-tiempo tan sutil como una nota discordante en una sinfonía cósmica. Un eco. Un eco que no vibraba en su tiempo.

—Mirage One. Analiza la firma temporal de la anomalía.

—Ordenó la Doctora Aris Thorne, conteniendo la respiración.

La voz calma de la inteligencia artificial del observatorio respondió.

—Confirmado, Doctora Thorne. La firma temporal de la fluctuación se origina en el primer siglo del tercer milenio. Datación aproximada: siglo XXI.

Un frío glacial, mucho más intenso que el de la silenciosa plaga del exterior, recorrió a Aris de arriba abajo. La respuesta no estaba en las estrellas. Estaba en la historia. En un pasado tan remoto que era casi un mito.



Capítulo 2:

Los Astilleros de Titán

En el silencio casi absoluto más allá de la órbita de Neptuno, la Estación de Comunicaciones Eco-7 flotaba anclada a un asteroide errante, como una solitaria araña de metal tejiendo su tela en la oscuridad. Dentro, el único ocupante, el técnico de tercer grado Aris Valnikov, sorbía un café sintético mientras observaba las cascadas de datos que fluían por el sistema. Era un trabajo monótono. Ser el guardián de los susurros del universo no era la labor mas emocionante que podías tener, pero eso iba a cambiar. Una pequeña alerta, de color cian, parpadeó en la esquina de su pantalla, un destello casi imperceptible en un océano de información.

>ID: Anomalía Histórica VGR-1. Origen: Sector 237-Delta. Antigüedad de la señal: 1.378 años terrestres estándar.

Aris suspiró. La Voyager. El fantasma más persistente de la humanidad, el saludo embotellado de unos ancestros tan lejanos que parecían otra especie. Su señal, ahora era apenas un murmullo de fotones, contenía datos degradados sobre los campos magnéticos de Júpiter y un disco de oro con saludos en lenguas muertas. Con un gesto rutinario, arrastró el archivo al registro histórico. Era un dato curioso, poético, pero en apariencia inútil. Justo cuando el archivo se cerró, una sirena ululó en la estación, bañando el puente con una luz roja e intermitente que hizo bailar las sombras.

>ALERTA: Transmisión Prioridad ALFA. Origen: Mando de Helios. Encriptación Chronos.

El pasado era un susurro. El presente era un grito de alarma.

Mientras tanto, en otro lugar. El transporte clase *Aquiles* descendió hacia Titán a través de un paisaje que habría hecho llorar de emoción a Julio Verne. No había belleza natural en aquella órbita, sino una majestuosidad brutal y sobrecogedora. Gigantescos astilleros orbitales, como catedrales de acero, que rodeaban la luna, conectados por un enjambre de grúas magnéticas y transportes de carga que se movían con la diligencia de insectos metálicos. Abajo, en la superficie anaranjada y brumosa, las luces de las explotaciones mineras de la corporación Ares parpadeaban incansablemente.

Y todo ello, bajo la mirada impasible del señor de los anillos, Saturno. Sus bandas de gas giraban en una danza lenta e hipnótica. Sus anillos, un disco resplandeciente y casi sólido gracias a las luces de las operaciones de minería de alta tecnología, estaban dispersas en órbitas más lejanas, como diamantes sobre terciopelo negro que hacían brillaban las luces de las colonias VIP, un recordatorio obscuro de que el trabajo duro de unos era el lujo de otros.

—Recién salida del horno —masculló Joric Sten, el Ingeniero Jefe de la *Chronos Uno*, con la nariz casi pegada al ventanal—. Huelen a metal nuevo y a problemas. Las prefiero con algunos años de vuelo. Con carácter.

A su lado, Lena Petrova, la joven ingeniera auxiliar de Marte, tenía los ojos muy abiertos. Para ella, que había crecido en un mundo perfectamente diseñado, este caos industrial era fascinante. —Tienen el carácter que les demos nosotros, jefe —respondió con un optimismo que aún no había sido erosionado por la realidad.

La Comandante Kaelen Andrade no decía nada. Observaba la silueta de su nave, "La Lanza", esperando en su dique. Era más pequeña y angulosa que la de su compañero. Estaba diseñada para la velocidad y la infiltración, no para el mando. Sentía el peso de su

nombre, su apellido, de la misión, del sistema solar entero sobre sus hombros. La Doctora Elara Vance junto a ella, le ofreció una discreta tableta de datos. — ¿Nerviosa, Comandante? — Su voz sonaba tranquila, analítica.

—El día que no lo esté antes de una misión así, retíreme del servicio, doctora.

Mientras caminaban por la plataforma hacia el muelle de embarque, un carguero masivo con el logo de Anrom descargaba su mercancía. Una escuadra de diez androides "Centinela" descendió por la rampa. Eran perfectos. Sus movimientos completamente sincronizados, sus chasis de un gris pulido brillando bajo las luces industriales, sus rostros carentes de toda expresión. Joric asintió con aprobación.

—Eso es una máquina fiable, fuerte, obediente, predecible. Sin ego, sin chistes malos. Hacen su trabajo y punto.

La indirecta flotó en el aire, dirigida a un ausente comandante de la nave hermana. Kaelen frunció el ceño, pero no dijo nada. A veces, el pragmatismo de su ingeniero jefe rozaba la insolencia.

A bordo de la *Chronos Dos*, "El Ancla", reinaba un silencio diferente. Era el silencio de la concentración. Hermes observaba desde la silla del comandante cómo

sus nuevos oficiales se hacían con el puente. Su estilo de mando era desconcertante para un humano. No daba órdenes; presentaba probabilidades, mostraba los datos en la pantalla principal y esperaba que su tripulación llegara a la conclusión lógica. Confiaba en la inteligencia de su equipo, un rasgo que, según recordaba, compartía con el primer Andrade.

El Doctor Kenji Tanaka se le acercó, con sus manos entrelazadas a la espalda.

—Es fascinante, Comandante.

—¿El qué, doctor?

—La leyenda. El epitafio de la Doctora Sefu: "Queríamos crear androides con alma y en el camino los humanos perdimos la nuestra".

Hermes giró su rostro metálico hacia el doctor, y por un instante, Tanaka creyó ver en sus fotorreceptores una melancolía que ninguna máquina debería poder simular.

—Era una mujer brillante. Vio el peligro en su propio sueño.

—Y usted —continuó Tanaka, bajando la voz—, es uno de los pocos cientos que, según su confesión, lo lograron. Un sueño hecho realidad. O una pesadilla, según se mire.

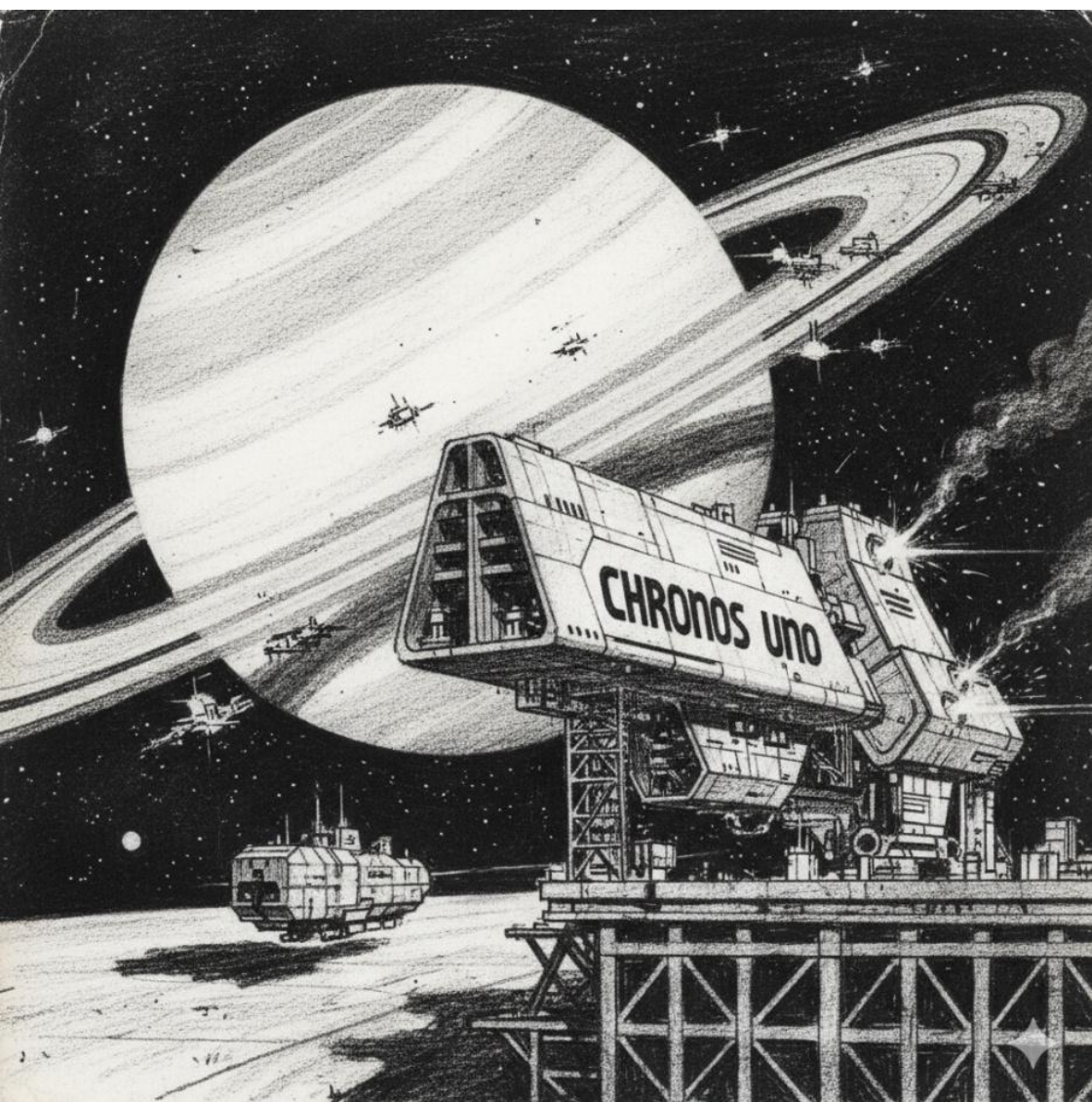
Antes de que Hermes pudiera responder, el comunicador

crepitó. Era la voz de Kaelen, ya desde el puente de la Chronos Uno.

—Chronos Dos, aquí Chronos Uno. Estamos listos para sellar compuertas. Sistemas en verde. Nos vemos al otro lado... o cuando regresen.

—El tiempo es relativo, Comandante —respondió Hermes, con un tono que volvía a ser neutro, casi mecánico—. Para nosotros, apenas habrá pasado un instante. Intenten no redecorar demasiado el siglo XXI. Buen viaje.

En la pantalla principal, la imagen de Kaelen esbozó una leve sonrisa antes de cortar la comunicación. Un sonido metálico y grave, el de las compuertas de la *Chronos Uno* sellándose, resonó débilmente a través de los sensores de la *Chronos Dos*. La Lanza estaba lista para ser disparada a un abismo de mil trescientos años. La caza había comenzado.



Capítulo 3:

Acero y Fantasma

El siseo del aire al presurizar el pasillo de embarque fue como la primera respiración de un mundo nuevo. Kaelen Andrade fue la primera en cruzar el umbral hacia la *Chronos Uno*, seguida de cerca por su tripulación. El interior no olía a metal nuevo y estéril, como Joric había predicho, sino a una mezcla de ozono, plásticos de polímero y ese olor casi imperceptible a energía contenida que emanaba de los sistemas recién activados. Era el olor de una bestia dormida.

—Bienvenida a casa, Comandante —dijo Joric.

Su sonido retumbaba ligeramente en el corredor principal. A pesar de su escepticismo, había un matiz de orgullo en su tono—. O al menos, lo será durante los próximos meses. O siglos, según se mire.

—Muéstrenosla, jefe —respondió Kaelen—. Quiero conocer cada uno de sus tornillos antes de pedirle que nos lleve al infierno y nos traiga de vuelta.

El recorrido comenzó en ingeniería, el verdadero corazón de la nave, su alma de acero y fuego. Allí, el Motor de Flujo Cuántico Lumínico, modelo Nova 5, no zumbaba; cantaba. Era un canto bajo y gutural, una vibración que se sentía en los huesos. La máquina estaba alojada en una cámara de contención cilíndrica, rodeada por un laberinto de conductos de refrigeración y bobinas superconductoras que brillaban con una suave luz azul.

—Pura potencia bruta —explicó Joric, pasando una mano por una de las consolas de diagnóstico—. Es la culminación de doscientos años de intentar entender lo que vio la tripulación de la *Nova 2* dentro de Morfeo. Es capaz de crear una brecha controlada en el tiempo, una herida por la que podemos deslizarnos. Pero tiene un talón de Aquiles del tamaño de Júpiter.

Señaló un enorme conjunto de disipadores térmicos que recorrían el techo de la sala.

—No le gusta el calor. Después de un salto, el núcleo

temporal queda saturado de radiación cronotónica. Necesita enfriarse y realinearse. La regla es simple, y no es negociable: por cada siglo que saltamos, necesita unos seis minutos de reposo absoluto. Durante ese tiempo, somos un ladrillo a la deriva. Sin más saltos, sin maniobras evasivas. Vulnerables.

Lena Petrova, que había estado observando el motor con una admiración casi religiosa, añadió:

—Pero durante el salto, es la máquina más poderosa jamás construida.

A continuación, Joric los llevó a los sistemas de defensa.

—Aquí es donde el almirantazgo se puso tacaño —gruñó.

Los escudos de plasma son de última generación. Desviarán la energía de un impacto directo. Pero el blindaje del casco es ligero. La Chronos Uno no es una nave de guerra como esos nuevos prototipos que Anrom está construyendo en secreto en Mercurio... —se detuvo de golpe, como si hubiera hablado de más—. Esta es un estilete. Está diseñada para la infiltración, no para el combate. Su principal defensa es esta.

Activó un holograma que mostró el sistema de ocultación de la nave.

—Es un absorbedor de energía activa. No solo nos hace invisibles a los radares, sino que proyecta una falsa firma

térmica y gravitacional, haciéndonos pasar por un simple asteroide. Nos convertirá en un fantasma en la ruidosa red del siglo XXI.

El recorrido terminó en el pequeño hangar de carga. En él descansaba el vehículo de incursión. Lo llamaban el "Sabueso", una robusta lanzadera blindada para operaciones en superficie. Junto a él, en un compartimento especializado, se encontraba la pieza de tecnología más extraña y revolucionaria de la nave.

—El Trazador de Entrelazamiento Cuántico —dijo Lena, con un tono lleno de asombro—. Joric lo llama magia, pero es la única razón por la que no estaremos completamente solos. —Explicó cómo el dispositivo "ensartaba" partículas a través de los micro-agujeros de gusano dejados por Morfeo—. Es un puente imposible a través de los siglos. Frágil, pero es nuestro único vínculo con el hogar.

Mientras tanto, a tres muelles de distancia, la tripulación de la *Chronos Dos* realizaba su propia inspección. Y el contraste era absoluto. Su nave no era una lanza, era un ancla; no era un estilete, sino una fortaleza.

—Como puede ver, doctor —explicaba la joven ingeniera Rian Isa al Doctor Tanaka mientras recorrían el núcleo de la nave—, donde la *Chronos Uno* tiene un hangar para un vehículo de asalto, nosotros tenemos esto.

Se detuvieron ante una sala de varias cubiertas de altura, refrigerada a temperaturas cercanas al cero absoluto. Era el cerebro de la operación: los bancos de servidores cuánticos. Millones de procesadores interconectados, diseñados para recibir los datos de la *Chronos Uno* y realizar en segundos los cálculos temporales que a una academia entera le llevarían años.

—Y aquí —continuó Rian, señalando otra sección—, en lugar de sistemas de ocultación, tenemos los laboratorios de física temporal y el taller de prototipos. Si Kaelen y su equipo descubren la naturaleza del sifón, nosotros, aquí, en el presente, diseñaremos y construiremos la herramienta para contrarrestarlo. No somos tan rápidos ni tan sigilosos como nuestra nave hermana, pero somos el ancla que impide que toda la operación se pierda en la tormenta.

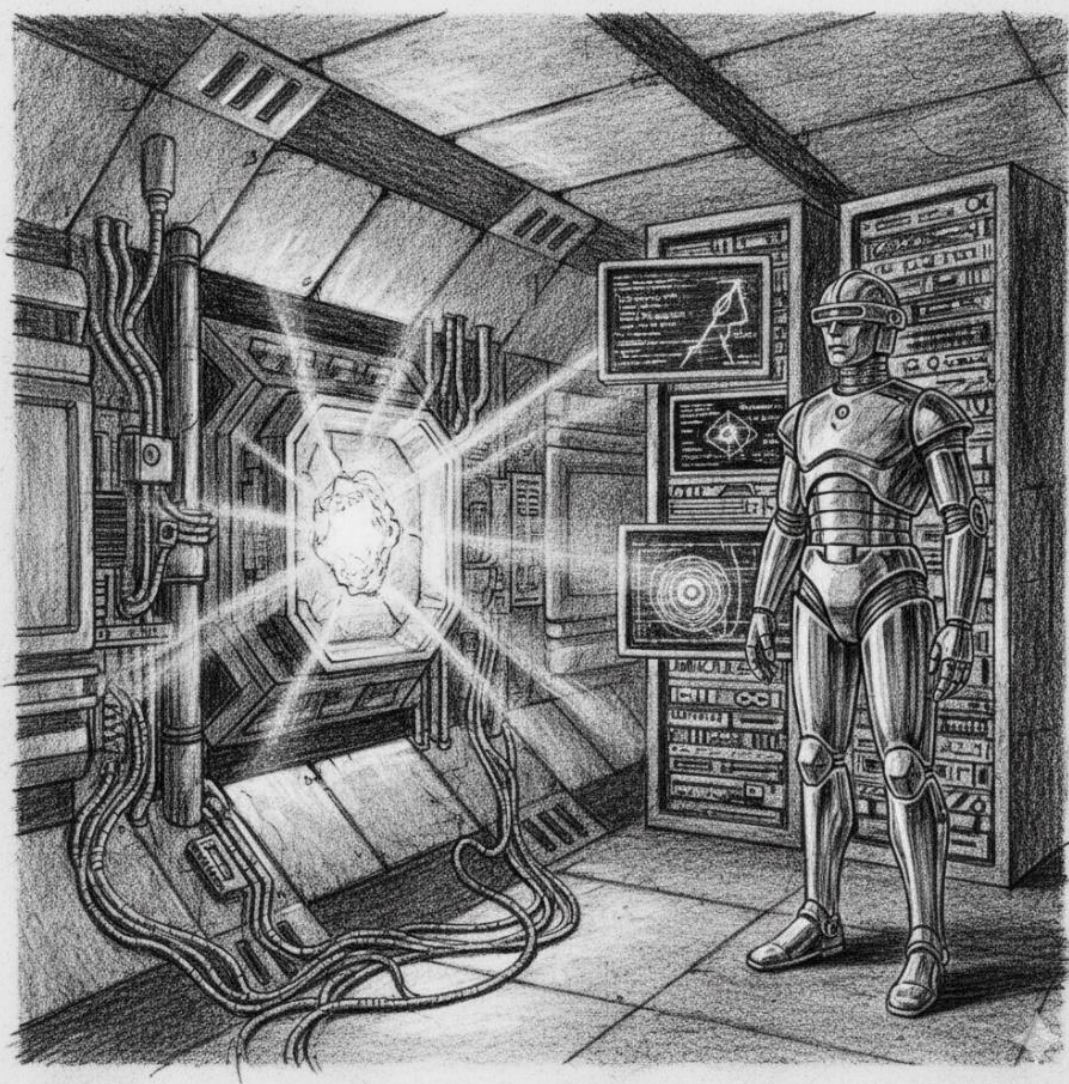
El Doctor Tanaka asintió, aunque su interés no era puramente técnico.

—Es una máquina extraordinaria, ingeniera. Una máquina diseñada para pensar, para calcular el destino del universo. —Se giró hacia Hermes, que los había acompañado en silencio—. Y sin embargo, el mando se le ha entregado a una máquina diseñada para sentir. ¿No le parece una deliciosa ironía?

—La lógica puede construir un camino, doctor —respondió Hermes, con su voz resonando en la fría sala.

—. Pero se necesita algo más para decidir si vale la pena recorrerlo.

Al final del ciclo, Kaelen se encontraba sola en el puente de su nueva nave. Las luces estaban atenuadas, y el único sonido era el suave murmullo de los sistemas en reposo. Miró a través del ventanal hacia la majestuosa y brutal belleza de los astilleros. Su nave. Su responsabilidad. Un arma de acero y un puñado de fantasmas a punto de lanzarse a lo imposible. Y por primera vez, no solo sintió el peso de la misión, sino también un vínculo profundo con la máquina que la llevaría a cabo. Eran dos corazones latiendo al unísono, listos para enfrentar la tormenta.



Capítulo 4:

La Brecha

El puente de la *Chronos Uno* reinaba una calma tensa. Cada oficial estaba en su puesto, y en las consolas, miles de diagnósticos corrían en cascada, confirmando con un parpadeo verde la salud de cada sistema. El sonido del Motor de Flujo Cuántico Lumínico, modelo Nova 5, había cambiado; ya no era un murmullo, sino un acorde musical grave y sostenido, una bestia de poder inmenso contenida a duras penas, lista para ser liberada.

—*Chronos Uno, aquí Chronos Dos* —la voz de Hermes llegó a través del comunicador, tan serena como el vacío entre los mundos—. *Todos los parámetros de entrada del portal son estables desde nuestra perspectiva. La ventana está abierta. Os deseamos un viaje... "estadísticamente seguro."*

Kaelen esbozó una media sonrisa. —Gracias por el torrente de confianza, Hermes. Andrade fuera. —Su mirada recorrió el puente. Vio la concentración en el rostro de Elara Vance, la tensión en los hombros de sus navegantes. Se conectó por el canal interno con ingeniería—. Joric, Lena, ¿cómo está nuestro corazón?

—Motor Nova 5 operando al ciento veinte por ciento de su capacidad nominal —respondió Joric, con voz tensa pero firme—. Los inyectores de plasma están estabilizados, pero es como sujetar dos soles con pinzas, Comandante. No recomiendo mantenerlo así mucho tiempo.

—No tendrán que hacerlo —replicó Kaelen—. Lena, confirma la alineación final.

—Alineación perfecta, Comandante. ¡Estamos en el camino! —respondió de manera entusiasta la joven ingeniera—. ¡La puerta nos espera!

—Bien. Que los fantasmas de la historia nos perdonen. —Kaelen posó sus manos sobre los controles, sintiendo la vibración de la nave a través de la fría aleación—. Secuencia de salto. ¡Ahora!

La nave no se abalanzó. Fue absorbida. El Portal del Tiempo no era un túnel, era un umbral. En un instante, el

familiar tapiz de estrellas fue reemplazado por... la nada. Una ausencia de todo que no era negra, sino incolora, un vacío que la mente humana no estaba diseñada para procesar.

Dentro del puente, la tripulación sintió la primera acometida. No fue una sacudida, sino una presión interna, como si el océano más profundo del universo intentara aplastarlos desde dentro de sus propios átomos.

Kaelen sintió que sus dientes vibraban, un zumbido agudo taladraba sus oídos. A su lado, la Doctora Vance apretaba los reposabrazos de su asiento, con el rostro pálido.

—Frecuencias neurológicas erráticas en toda la tripulación —anunció la doctora con su voz tensa, leyendo los biosensores—. El cerebro intenta dar sentido a estímulos que no existen.

El exterior cambió. La nada incolora dio paso a un torbellino de luz líquida. Formas y colores imposibles se observaban más allá de los ventanales, visiones fugaces de estrellas naciendo y muriendo en un parpadeo. El metal del casco no gritó; cantó, una nota de resonancia armónica y dolorosa mientras el tiempo y el espacio se estiraban y comprimían a su alrededor.

—¡Detecto una onda de cizalladura temporal aproximándose! —gritó Lena desde ingeniería, su voz perdía parte de su entusiasmo inicial—. ¡Es más grande de lo que predecían los modelos! ¡Va a golpear el escudo de estribor!

—Los escudos están diseñados para esto —dijo Kaelen, su tono era firme, seguro, confiado, era un ancla en la tormenta.

—¡Comandante, no lo entiende! —intervino Joric, su voz era urgente—. ¡No es un golpe, es un pliegue! ¡Si nos atrapa, podría arrancar el escudo de la línea temporal! ¡Quedaríamos expuestos!

En la pantalla principal, un diagrama de la nave mostraba la amenaza: una ola de energía distorsionada que no avanzaba hacia ellos, sino que parecía surgir del propio tejido de la realidad para interceptarlos.

—Joric, necesito una solución. ¡Ahora!

—Podríamos intentar modular la frecuencia del escudo para que coincida con la onda, dejar que nos atravesara. Pero si calculamos mal... nos borraré de la existencia.

—¿Probabilidad de éxito? —preguntó Kaelen, con sus nudillos blancos presionando sobre los controles.

—¡Teórica! ¡Nadie lo ha hecho nunca!

Kaelen miró el cronómetro del salto. Aún faltaban cuarenta segundos. Una eternidad. Tomó una decisión. No era una improvisación, era un cálculo basado en el conocimiento absoluto de su nave.

—Lena, necesito que me des la frecuencia exacta de la onda en el instante del impacto. Joric, prepare una sobrecarga controlada del colector de babor. Doctora, avise a la tripulación para un posible shock sinestésico.

—¡Frecuencia estabilizándose en 7.2 terahertzios! —grito Lena.

—¡Colector listo para la sobrecarga! —confirmó Joric.

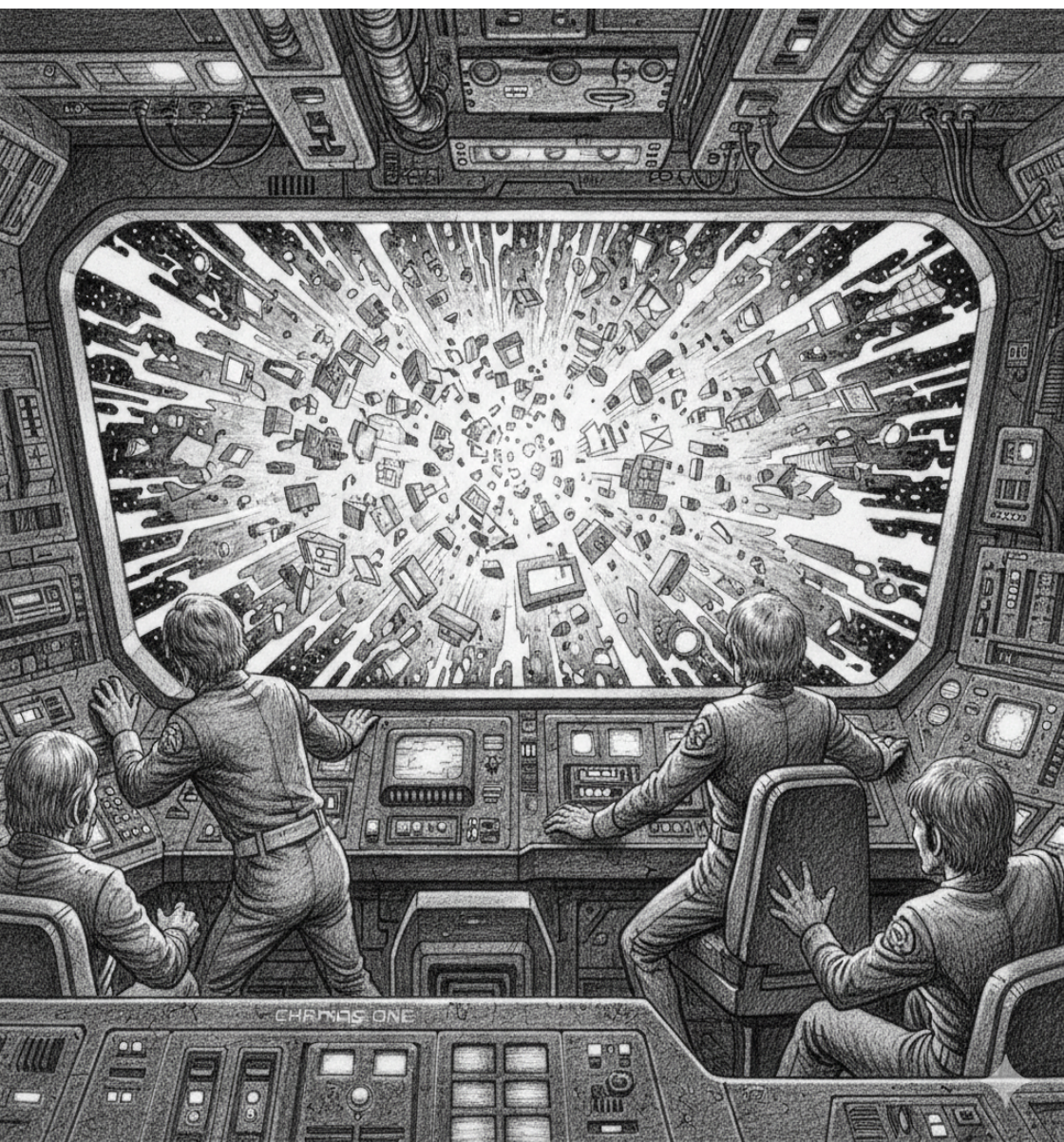
—Bien. Voy a virar directamente hacia la onda y usar la sobrecarga para crear una burbuja de contrafase. ¡Sujétense!

La maniobra era una locura controlada. Kaelen giró la nave, enfrentando la amenaza de frente. En el instante preciso, gritó: "¡Ahora!". Joric liberó la energía. Por una fracción de segundo, la *Chronos Uno* brilló con una luz propia, y la onda de tiempo la golpeó.

El impacto fue silencioso. Solo un destello de luz blanca que lo borró todo. Y luego, una oleada de sensaciones. Kaelen probó el sabor del metal y olió el color azul. El zumbido en sus oídos se convirtió en un recuerdo tangible de la casa de su infancia.

Y entonces, tan abruptamente como había comenzado, todo se detuvo.

Un silencio absoluto, total, ensordecedor. La nave flotaba inmóvil. En la pantalla principal, parpadeando hasta enfocar, apareció una imagen. Un orbe azul y blanco, familiar pero extrañamente prístino. La Tierra. La Tierra del pasado.



Capítulo 5:

El Fantasma en la Máquina

Casi ochenta minutos más tarde, con el Motor de Flujo Cuántico Lumínico finalmente frío y estabilizado tras su agónico salto de trece siglos, el olor a ozono quemado empezaba a disiparse en el puente. La nave se encontraba en una órbita alta y sigilosa, como un fantasma recién llegado a un tiempo que no era el suyo.

—Es un pantano digital. —Joric se quejó, mirando por encima del hombro de Lena Petrova—. No hay lógica. No hay protocolos de seguridad decentes. Es un milagro que no se colapsara todo este sistema cada cinco minutos.

Lena, sin embargo, parecía no oírle. Estaba completamente absorta, con sus manos trazando

patrones de luz sobre la interfaz holográfica. Para ella no era un pantano; era un yacimiento arqueológico. Exploraba las ruinas digitales de sus ancestros con la reverencia de quien descubre una tumba perdida.

—Es caótico, sí. —Lena respondió finalmente, sin apartar la vista de las líneas de código—. Pero también es... increíblemente humano. Mira toda esta información. Estas emociones crudas, estos debates. Intentaban conectar. A su manera.

Su principal tarea ahora era la más delicada: establecer el vínculo con la *Chronos Dos*. Sobre su consola virtual flotaba el corazón de la tecnología: el Trazador de Entrelazamiento Cuántico. Era un dispositivo que canalizaba una energía inmensa para "ensartar" un par de partículas entrelazadas a través de uno de los hilos de gusano microscópicos que el cataclismo de Morfeo había dejado cosidos en el tejido del tiempo. Era su único hilo de vida, un puente instantáneo pero increíblemente frágil a través de trece siglos.

—Vamos, pequeño... encuentra a tu hermano —susurró Lena, mientras modulaba las frecuencias—. La interferencia de este sol primitivo es peor de lo que calculamos.

—Magia —bufó Joric—. Pura y dura magia. Si algo falla, estamos solos.

—No es magia, jefe. Es la herencia de la Nova 2. Es el eco de Morfeo. —Finalmente, un fino hilo de luz azul se estabilizó en el centro del Trazador—. Lo tengo. Vínculo establecido. Abriendo ventana de comunicación.

En la pantalla principal, apareció la escueta confirmación de texto.

>CHRONOS DOS: Recibido. Os escuchamos. Informe de estado.

La voz de Hermes no se oía, pero su presencia se sentía a través de los datos. Les proporcionó el fruto de su análisis histórico.

—Busquen anomalías en los registros energéticos entre 2040 y 2060. Empresas que prometieron soluciones milagrosas a la crisis energética de su época. La arrogancia deja un rastro documental.

Siguiendo esa pista, Lena se sumergió en los rincones más oscuros de la antigua red. Horas después, lo encontró. No en un archivo oficial, sino en los restos de un foro encriptado para ingenieros. Un usuario, "Casandra", se quejaba del secretismo de su nueva empresa, una tal "Helios Primigenio". Describía un proyecto de una ambición demencial. El resto del mensaje estaba corrupto.

Pero fue en una de las respuestas donde saltó la chispa. Otro usuario, "Dédalo", había contestado con una sola línea burlona:

Ten cuidado, Casandra. Algunos proyectos son como Ícaro. A veces, es mejor no volar tan cerca del sol.

Lena se reclinó en su asiento. Lo tenía. Un nombre y un apodo. La primera pieza del puzle.

En la enfermería, la Doctora Elara Vance observaba a Kaelen mientras un brazo médico robotizado le realizaba un chequeo biométrico rutinario.

—Tus niveles de cortisol son elevados, Comandante —dijo la doctora, con un tono neutro, pero sus ojos eran perspicaces—. Y tus patrones de sueño son irregulares.

—Es el café sintético, doctora. Joric insiste en que sabe a combustible de cohete quemado, y creo que tiene razón.

—Sabes tan bien como yo que no es el café —replicó Elara con suavidad—. Hablo con la tripulación. Siento la tensión. Este lugar... este tiempo... nos está afectando. Nos sentimos como fantasmas.

Kaelen se apartó del brazo médico y se cruzó de brazos, apoyándose en un mamparo.

—Somos fantasmas —admitió, aunque su voz era apenas un susurro—. Vemos su mundo, oímos sus gritos, pero no podemos tocar nada. No podemos advertirles. Somos dioses con las manos atadas, sentados en primera fila para ver el crimen que condenará a nuestra especie. ¿Cómo se supone que debo dormir con eso?

—No se supone que duermas bien —dijo Elara, y su voz calmada reflejaba una profunda empatía—. La carga que llevas no es solo la de una comandante. Es la de un testigo. Pero no estás sola en esto. Tu tripulación te observa. Necesitan ver que su líder no es de piedra, pero que tampoco se va a romper. Necesitan saber que la carga es compartida.

Kaelen la miró, agradecida por la franqueza. La doctora no ofrecía soluciones fáciles, solo la verdad. Y a veces, la verdad era un ancla suficiente.



Capítulo 6:

La Tumba de Helios

El amanecer lunar no era un amanecer. Era un cambio de guardia entre la oscuridad absoluta y una penumbra gris y afilada. La *Chronos Uno* se deslizó fuera de su escondite en el cráter Shackleton, volando a escasos metros sobre la desolada superficie, una sombra persiguiendo a otras sombras.

—La base está oculta bajo una capa de regolito de cinco metros —informó Lena desde su consola de sensores—. Es una construcción sigilosa. Quienquiera que la construyera no quería visitas.

—La gente que construye tumbas no suele poner una alfombra de bienvenida —gruñó Joric por el canal del equipo de incursión.

Kaelen observaba la pantalla principal. Los sensores mostraban el contorno de una estructura enterrada, una cicatriz geométrica en un paisaje de curvas naturales. Aterrizaron a un kilómetro de distancia, y el equipo de incursión —Kaelen, Joric, y dos especialistas de seguridad— descendió a la superficie en el "Sabueso". El silencio era total, roto solo por la estática de sus comunicadores y el sonido de sus propios corazones latiendo en sus oídos.

La entrada era un pozo de acceso casi invisible, sellado por una aleación que Joric tuvo que cortar con un soplete de plasma. El metal, de mil trescientos años, cedió con un gemido agónico. Descendieron a la oscuridad. El aire del interior era viciado, helado, y olía a ozono y a un profundo y antiguo olvido. La base era un mausoleo tecnológico. Consolas con pantallas de cristal opaco, cables gruesos como serpientes petrificadas y un diseño brutalista que hablaba de una era de pura funcionalidad.

—El núcleo de datos principal debería estar en el nivel inferior —susurró Kaelen—. Lena, guíanos.

—*Estoy en ello, Comandante* —respondió la joven ingeniera desde la nave—. *Pero hay algo extraño. No hay energía residual. Es como si estuviera... cerebralmente muerta.*

Llegaron a una vasta sala circular. En el centro, sobre un pedestal, descansaba el terminal del servidor central. Parecía un altar a un dios olvidado.

—Para acceder a esto, necesitaré reactivar los generadores auxiliares —dijo Joric, abriendo un panel cercano—. Dadme un minuto. Voy a darle un pequeño beso de vida.

En el instante en que Joric desvió una mínima fracción de la energía de su propio equipo al sistema de la base, un zumbido bajo y profundo llenó la sala. Una serie de luces de emergencia, de un rojo enfermizo, parpadearon en los pasillos de la Base.

—¡Comandante, he perdido el control del sistema! —gritó Lena por el comunicador—. ¡Algo más ha tomado el control! ¡Un sistema de defensa autónomo!

De las paredes y el techo descendieron una docena de drones de seguridad. Eran diseños primitivos, cajas de metal con armas acopladas, pero se movían con una velocidad letal y silenciosa. Sus lentes ópticas, de un rojo intenso, se fijaron en los intrusos.

—¡A cubierto! —grito Kaelen, disparando su rifle de plasma.

El rayo azul impactó en uno de los drones, pero la energía se disipó sobre un escudo energético parpadeante que nadie esperaba. La sala se convirtió en un infierno de láseres rojos y explosiones de plasma.

—¡Sus escudos son demasiado fuertes! —gritó uno de los guardias de seguridad antes de caer con un grito ahogado, con su traje perforado.

—¡No podemos luchar contra ellos de frente! —vociferó Joric, refugiado tras una consola—. ¡Lena, necesito que encuentres el nodo de control de la red de defensa!

—*¡Estoy en ello, pero es una arquitectura de pesadilla! ¡Es un laberinto!*

Otro dron avanzó. Kaelen vio a Joric trabajando frenéticamente en un panel de distribución de energía cercano.

—¡Necesito una distracción, Comandante! ¡Voy a sobrecargar el conducto principal de este sector! ¡O los fríe o nos vuela a todos por los aires!

Kaelen asintió. Hizo una seña al otro guardia. —¡Fuego de supresión! ¡Ahora!

Le dieron a Joric los segundos que necesitaba. Con un grito de esfuerzo, el viejo ingeniero empalmó dos cables masivos. A continuación una oleada de energía azul crepitó por el suelo de la sala. Los drones se detuvieron, sus sistemas fritos por la sobrecarga. Pero el silencio

duró apenas un instante. De los pasillos se oyó el sonido de más drones activándose.

—¡Eso no los detendrá a todos! —dijo Joric, tosiendo por el humo—. ¡Váyanse! ¡Consigan los datos!

Kaelen corrió hacia el terminal central. Sin tiempo para una extracción delicada, arrancó físicamente el núcleo de memoria de su pedestal. Las alarmas de la base aullaron con una furia renovada.

—¡Equipo, retirada! ¡Vámonos de aquí! ¡AHORA!

La huida fue una carrera desesperada por pasillos iluminados por luces rojas parpadeantes. Llegaron al pozo de acceso justo cuando una nueva oleada de defensores entraba en el corredor. Joric, el último en subir, selló la entrada con una carga de plasma que fundió el metal, sepultando la tumba y a sus guardianes para siempre.

De vuelta en la *Chronos Uno*, el silencio fue roto solo por sus respiraciones agitadas. Estaban magullados, habían perdido a un hombre, pero lo tenían. Kaelen colocó el núcleo de memoria en la consola del puente. Era un objeto pesado, antiguo, y vibraba con los secretos de mil trescientos años.

Habían despertado al fantasma. Ahora, era el momento de escuchar su confesión.



Capítulo 7:

La Confesión de Ícaro

El núcleo de memoria reposaba en el centro del laboratorio de diagnósticos como un corazón arrancado de un cuerpo muerto. Era un bloque de una aleación oscura, sorprendentemente pesado, cubierto de puertos de conexión que ninguna interfaz moderna reconocía. Lena Petrova lo rodeaba como un animal de presa, sus ojos escaneaban cada centímetro, mientras Joric Sten, con una delicadeza impropia de sus manos callosas, calibraba un emisor de micro-plasma para intentar leer los datos sin freír el contenido.

—Es un diseño hermético —dijo Joric, decía casi susurrando de forma reverente—. Capas de seguridad física y digital. Quienquiera que fuera esta gente, construyó una fortaleza para sus secretos.

—Los secretos siempre tienen una puerta trasera — respondió Lena, conectando una sonda de diagnóstico —. Solo hay que encontrar la cerradura correcta. Hermes me ha enviado los esquemas de la arquitectura de datos del siglo XXI. Es un laberinto, pero... creo que tengo un camino.

Con una precisión quirúrgica, Lena comenzó a eludir las capas de encriptación corruptas. La pantalla holográfica sobre el núcleo de memoria se llenó de barreras digitales que se desmoronaban, de códigos que se rendían tras siglos de inactividad. Finalmente, con un suave pitido, accedieron al índice principal. No eran informes corporativos. Eran bitácoras. Registros personales, fragmentados y encriptados individualmente.

—Estaban registrando cada paso —dijo Lena, asombrada—. Es como la caja negra de un barco a punto de hundirse.

Abrieron el primer archivo. Era un registro de audio. La voz de un hombre, lleno de una arrogancia que trascendía los siglos, presentaba el "Proyecto Ícaro". Hablaba de "solucionar la historia", de "reclamar la herencia energética del futuro" y de "convertir a Helios Primigenio en el faro de una nueva era".

El segundo archivo era un video. Mostraba a una mujer joven, de unos treinta años, con el pelo recogido y unos ojos que brillaban con la luz de una inteligencia feroz y

un idealismo aún intacto. Una placa de identificación en su mono de trabajo la identificaba como "Dra. Aris Thorne". Kaelen se quedó helada al ver el nombre de su contemporánea, y por un instante, un escalofrío recorrió la sala. La IA de la nave confirmó que era otra persona, una tocaya de un milenio atrás. En la esquina del video, parpadeaba un seudónimo: "Casandra". Era ella.

—Bitácora del Proyecto Ícaro, ciclo 34 —decía la joven en el video—. Las simulaciones son... prometedoras. La teoría funciona. Podemos abrir una fisura temporal infinitesimal, anclarla a la corona solar, y extraer una fracción insignificante de su energía futura. Será como tomar un solo grano de arena de una playa infinita. Lo suficiente para alimentar nuestro mundo para siempre, sin que el futuro lo note siquiera.

El siguiente fragmento, fechado varios meses después, mostraba a la misma mujer, pero su optimismo se había agrietado. Parecía cansada, con ojeras oscuras bajo los ojos.

—...el Consejo está presionando. Quieren acelerar el calendario. Ignoran las advertencias sobre la inestabilidad de la matriz de contención. Dicen que el riesgo es "aceptable". ¿Aceptable para quién? ¿Para nosotros, o para los fantasmas del futuro que ni siquiera saben que existimos? Juegan a ser dioses, y yo les estoy construyendo el altar.

El último archivo era un caos. La imagen temblaba, las alarmas aullaban de fondo. El rostro de la "Casandra" del pasado estaba descompuesto por el terror y una culpa que la consumía viva.

—¡Ha fallado! ¡Dios mío, ha fallado! —gritaba, las lágrimas empapaban su rostro—. ¡No lo podemos apagar! El sifón... no está extrayendo energía, ¡se ha fusionado con la línea temporal del Sol! No es una toma de energía, es un parásito, una herida abierta que sangrará para siempre. ¡No lo verán ahora, pero lo hemos condenado! ¡Lo hemos matado! ¡Hemos matado al Sol!

La imagen se cortó, reemplazada por la estática.

En el puente de la *Chronos Uno*, el silencio era absoluto. Toda la tripulación había visto la confesión en la pantalla principal. Lena lloraba en silencio sobre su consola. El rostro de Joric, habitualmente una máscara de pragmatismo estaba pálido y desencajado. Había pasado su vida arreglando máquinas, y ahora se enfrentaba a una avería del tamaño del universo, una que nadie podría reparar jamás.

Kaelen se levantó de su asiento. Su rostro se había convertido en una máscara de furia helada y una desesperación tan profunda que parecía haberle robado el aliento.

El problema no era un accidente cósmico. No era el destino. Era un crimen. Un crimen cometido por su propia especie, por unos antepasados cuya arrogancia había plantado la semilla de su propia extinción.

Abrió el canal de comunicación con la *Chronos Dos*. El Trazador de Entrelazamiento Cuántico brilló mientras enviaba su mensaje a través del abismo del tiempo. No fue un informe. Fue una sentencia.

> Hermes. Lo encontramos. El Proyecto Ícaro fue un éxito. Volaron hasta el sol. Y cayeron.



Capítulo 8:

Dos Naves, Dos Destinos

La confesión de Ícaro tardó setenta y ocho minutos en cruzar el abismo de trece siglos. En el puente de la *Chronos Dos*, el paquete de datos llegó no como un grito, sino como un pulso de luz silenciosa que floreció en la pantalla principal. El video de la Doctora "Casandra" Thorne, descompuesta por el terror, se reprodujo en medio de un silencio sepulcral, el sonido de su voz temblorosa, llenaba el espacio con una culpa milenaria.

Cuando la estática finalizó, nadie habló. Rian Isa, la joven ingeniera jefe, miraba la pantalla con una mezcla de horror y una fascinación puramente técnica. Veía un problema de ingeniería, una ecuación catastróficamente mal resuelta. A su lado, el Doctor Kenji Tanaka tenía los

ojos cerrados, como si estuviera guardando un minuto de silencio por un crimen que acababa de presenciar.

Hermes permaneció inmóvil en su silla de mando. Su rostro metálico no delataba ninguna emoción, pero Tanaka, que había empezado a estudiar las infinitesimales pausas en sus patrones lógicos, percibió una profunda resonancia. Hermes no estaba viendo un simple archivo histórico. Estaba recordando. Recordaba el fanatismo en los ojos de Eirik, el auxiliar de la *Nova 2*, que había gritado sobre paradojas y el equilibrio del tiempo. Quizás aquel pobre hombre loco, en su delirio, había vislumbrado una sombra de esta misma verdad. El universo, al parecer, tenía una forma terrible de rimar.

—Convoca un consejo de misión, prioridad Alfa —dijo Hermes finalmente, su orden sonaba con un tono neutro y serio que cortaba la tensión como un bisturí—. La Doctora Thorne en el Observatorio Lagrange y la Comandante Andrade en la *Chronos Uno*. ¡Ahora!

La conferencia se materializó en tres ventanas holográficas en el centro del puente de la *Chronos Dos*. Eran fantasmas de luz, separados por un océano de tiempo. A la izquierda, el rostro de Kaelen Andrade, proyectado desde el pasado. Estaba en el oscuro puente de su nave, su cara iluminada solo por la luz de una consola, sus ojos ardiendo con una furia fría. A la derecha, la Doctora Aris Thorne, desde la brillante pulcritud de su observatorio, su expresión era de una

intensidad analítica casi febril. En el centro, Hermes actuaba como ancla y moderador.

—He visto los datos —comenzó Aris, sin preámbulos—. Es... ¡horrendo!. Una negligencia criminal de una escala casi incomprensible. Pero la revelación no cambia el objetivo. Solo lo clarifica.

—Clarifica que este sistema solar está maldito, doctora —interrumpió Kaelen, su voz era afilada como el hielo—. Maldito por nuestra propia arrogancia. La misma arrogancia que usted propone que repitamos.

Aris enarcó una ceja. —¿Arrogancia, Comandante? Yo lo llamo responsabilidad. ¿Propone que huyamos? ¿Qué abandonemos nuestro hogar por un error que ahora, por primera vez en la historia, comprendemos?

—¡Propongo que salvemos a nuestra especie! —replicó Kaelen, levantándose de su asiento en la lejana Luna del pasado—. Mi deber no es con este sol moribundo ni con los fantasmas de unos ancestros criminales. ¡Mi deber es con los miles de millones de personas vivas que dependen de que encontremos una salida! He visto lo que hay aquí, doctora. He respirado el aire de su arrogancia. Intentar "arreglar" el tiempo es caer en la misma trampa que ellos. Es la misma soberbia, el mismo complejo de dios que nos trajo a este abismo. El Proyecto Éxodo ya no es una opción. Es la única opción sensata.

Su discurso resonó en el silencio. En la *Chronos Uno*, Joric Sten asintió con gravedad. Incluso Lena parecía haber perdido su optimismo, su rostro era una muestra de clara desilusión.

—Su argumento es emocional, Comandante. Comprensible, pero erróneo —contraatacó Aris con una calma escalofriante—.

No estamos hablando de repetir un error, sino de corregirlo. La ciencia que ellos usaron era una herramienta tosca, un martillo para romper átomos. La nuestra es un bisturí de precisión. —Un nuevo holograma floreció a su lado, mostrando el Sol de Morfeo y el Sol original, conectados por un arco de energía teórica—. Tenemos la solución. El veneno y el antídoto. Usaremos la energía del milagro que nos dio la *Nova 2* para sanar la herida que nos infligió Helios Primigenio. No es arrogancia. Es simetría. Es justicia cósmica. Es nuestro deber moral.

—¡Su "justicia cósmica" podría crear una paradoja que nos borre a todos de la existencia! —exclamó Kaelen.

—¡Y su huida garantiza la muerte de un sistema solar entero! —replicó Aris.

El debate se había convertido en un muro infranqueable. Dos futuros, ambos lógicos, ambos aterradores. Las miradas de ambas mujeres se volvieron hacia el holograma central, hacia el rostro impasible de Hermes.

El androide permaneció en silencio durante un largo instante, procesando no solo los argumentos, sino las emociones, los miedos y las esperanzas que los impulsaban.

—La tripulación de la *Nova 2* se enfrentó a un imposible —dijo finalmente, con su tono tranquilo, resonando con la autoridad de la historia—.

No tenían datos. No tenían precedentes. Solo tenían una misión: proteger su hogar. No buscaron uno nuevo. Se enfrentaron a la oscuridad que tenían delante. —Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran—. La Doctora Thorne habla de responsabilidad. La Comandante Andrade habla de prudencia. Ambas son las dos caras del liderazgo. Pero ambas basan sus conclusiones en datos incompletos.

—¿Incompletos? —preguntó Aris, frunciendo el ceño—. Tenemos la causa, la fecha, el método...

—Tenemos la confesión del criminal —corrigió Hermes—. Pero no tenemos el estado actual del arma del crimen. No sabemos si el sifón temporal es estable.

Hermes hizo una pausa, consciente de que el término era una abstracción técnica. Decidió clarificarlo para la posteridad.

—Imaginen que el tiempo de vida de nuestro Sol es un río inmenso que fluye desde el principio del universo hasta su final. Helios Primigenio intentó introducir una fina pajita en ese río para beber una cantidad insignificante de su energía futura. Pero la pajita se rompió y se quedó clavada. El "sifón" no es una máquina; es la herida que dejaron. Un desagüe incontrolable que está vaciando el río entero, no hacia el pasado, sino hacia la nada.

La analogía, simple y terrible, dejó un silencio helado en los tres puentes.

—No sabemos —continuó Hermes, retomando el hilo—, si esa herida es estable, si se está degradando o si está a punto de colapsar. No sabemos si su "bisturí", doctora, cortará un tejido sano o un tumor a punto de estallar. Y no sabemos si su "huida", Comandante, es una evacuación o una simple estampida.

El silencio volvió a caer. Hermes había redefinido la misión.

—Antes de decidir si luchamos o corremos —concluyó—, necesitamos saber a qué nos enfrentamos realmente. Su siguiente objetivo, *Chronos Uno*, es acercarse al sifón. Necesitamos un diagnóstico completo y en tiempo real. Solo entonces la humanidad podrá elegir su destino.

La conferencia se disolvió. Las ventanas holográficas se desvanecieron, pero la tensión permaneció, un arco voltaico de mil trescientos años entre dos mujeres y dos futuros. Kaelen, en la soledad de su puente, miró el núcleo de memoria que yacía sobre la consola. Habían encontrado al fantasma. Ahora, tenían que ir a tocarlo.



Capítulo 9:

Cerca del Sol

El puente de la *Chronos Uno* había recuperado su pulso. El silencio reflexivo de los últimos ciclos fue reemplazado por la tensa y concentrada sinfonía de una tripulación preparándose para una maniobra de alto riesgo. En la pantalla principal, el Sol del siglo XXI no era una brasa moribunda, sino un monstruo encadenado, una forja de dioses que escupía fuego y radiación.

—Nos acercaremos por el polo norte solar, usando la inclinación del eje para darnos algo de cobertura magnética —explicó Kaelen en el informe de misión, su voz era tranquila, pero sus ojos delataban la intensidad del cálculo—. Lena, tus sensores tendrán que filtrar un nivel de ruido que haría llorar a un púlsar. Joric, necesito

que los disipadores térmicos y los escudos de plasma funcionen al ciento diez por ciento. No hay margen para el error.

—Los escudos aguantarán la radiación, Comandante —respondió Joric, su aspecto reflejaba la seriedad del momento y sucesos que enfrentaban—. Es lo que no podemos predecir lo que me preocupa. No sabemos cómo reaccionará esa... cosa... a nuestra presencia. No es materia. No es energía. Es una cicatriz. Y las cicatrices no suelen ser amigables.

—Esa "cosa" es nuestro objetivo —concluyó Kaelen—. Vamos a tocar al fantasma. Prepárense para la aproximación.

La *Chronos Uno* abandonó la seguridad de la órbita lunar y se zambulló hacia el corazón del sistema. A medida que se acercaban, la temperatura del casco comenzó a subir de forma alarmante. Dentro de la nave, el zumbido de los sistemas de refrigeración se convirtió en un gemido constante, una queja metálica contra el infierno que se gestaba fuera.

—Detecto una fluctuación masiva de energía a las tres en punto —anunció Lena de repente, mientras su voz estaba perdiendo su habitual calma—. Es una eyección de masa coronal. ¡Una grande! ¡Se dirige hacia nuestra trayectoria!

En la pantalla, una serpiente de fuego solar, más grande que la propia Tierra, se desenroscó de la superficie de la estrella.

Era una visión de una belleza terrible, una ola de aniquilación que avanzaba a millones de kilómetros por hora.

—¡Maniobra evasiva! —ordenó Kaelen, sus manos volaban sobre los controles—. ¡Joric, toda la potencia a los escudos de babor!

La nave viró con una agilidad increíble, pero la llamarada era demasiado vasta. El borde de la tormenta de plasma los golpeó como el martillo de un dios. El puente se iluminó con una luz blanca y cegadora, y la nave entera crujió bajo el asalto, un sonido de metal torturado que se sintió hasta en los dientes de toda la tripulación.

—¡Escudos al ochenta por ciento! ¡Pico de radiación gamma traspasando el blindaje! —gritó Joric.

—¡La estamos capeando! —respondió Kaelen, luchando contra una turbulencia que hacía temblar cada panel—. ¡Aguanten!

Sobrevivieron, pero la llamarada los había desviado de su curso, empujándolos más cerca del ecuador solar, justo donde las lecturas de "Casandra" situaban el

Proyecto Ícaro. Y fue entonces cuando las cosas se volvieron extrañas.

—Comandante... —dijo Lena, con un leve susurro desconcertado—. El cronómetro de la misión... acaba de retroceder tres segundos. Y luego ha saltado dos hacia adelante.

Kaelen miró su propia consola. Era cierto. El flujo del tiempo a bordo de la nave había tartamudeado.

—Doctora Vance, ¿informes?

—Siento un leve vértigo —respondió Elara—. Y un... déjà vu. Intenso. Como si ya hubiera vivido este momento exacto.

—Es el sifón —dijo Joric con una certeza sombría—. Estamos entrando en su campo de influencia. Está jugando con nosotros.

En ese momento, los sensores de Lena gritaron. —¡Lo tengo! ¡No es una lectura de energía, es una ausencia! ¡Un vacío! ¡Justo delante de nosotros!

No se veía nada a simple vista, solo la furia hirviente de la corona solar. Pero los instrumentos de la nave lo mostraban claramente: una zona del tamaño de una pequeña luna donde el espacio-tiempo estaba... equivocado. Era un espejismo, un pliegue, una herida. Un punto ciego en el ojo de Dios.

—Acércanos, Kaelen —dijo la Doctora Vance, con su voz ahora firme—. Necesitamos esos datos.

Cuando la *Chronos Uno* se deslizó hacia la anomalía, los efectos se intensificaron. Lena oyó un eco de su propia voz diciendo una frase que aún no había pronunciado. Joric vio cómo una herramienta que flotaba en ingravidez se detenía en el aire durante un segundo antes de caer. El tiempo se estaba deshilachando a su alrededor como un tejido viejo.

—¡Estoy perdiendo el control! ¡Las distorsiones gravitacionales son extremas! —gritó Kaelen, con todos sus músculos tensos mientras luchaba con los mandos, que parecían resistirse a sus órdenes.

—¡Escáner al noventa por ciento! ¡Necesito diez segundos más! —pidió Lena, con su rostro bañado por el sudor.

Una nueva alarma, la más grave de todas, un aullido agudo y penetrante, resonó en el puente.

—¡El campo de contención del Motor de Flujo Cuántico Lumínico, nuestro Nova 5, está fluctuando! —bramó Joric—. ¡Las distorsiones están desestabilizando el núcleo temporal! ¡Comandante, si no salimos de aquí ahora mismo, el motor colapsará y nos convertiremos en parte de esta maldita anomalía para siempre! Nueve segundos. Diez.

—¡Lo tengo! ¡Tengo el escaneo completo! —exclamó Lena.

—¡Agárrense! —gritó Kaelen.

No había tiempo para una retirada suave. Kaelen ejecutó la maniobra más desesperada de su carrera: una honda gravitacional utilizando el propio Sol. Giró la nave, la sumergió aún más en el pozo de gravedad de la estrella y encendió el motor principal a máxima potencia. La aceleración fue brutal, aplastándolos contra sus asientos hasta el borde de la inconsciencia. La *Chronos Uno*, con sus sistemas gritando en protesta, fue catapultada lejos de la anomalía, escapando de sus garras temporales por el más estrecho de los márgenes.

Llegaron a una órbita segura más allá de Venus, a la deriva, con la mitad de los sistemas en alerta roja. La tripulación estaba exhausta, bañada en sudor frío, pero viva.

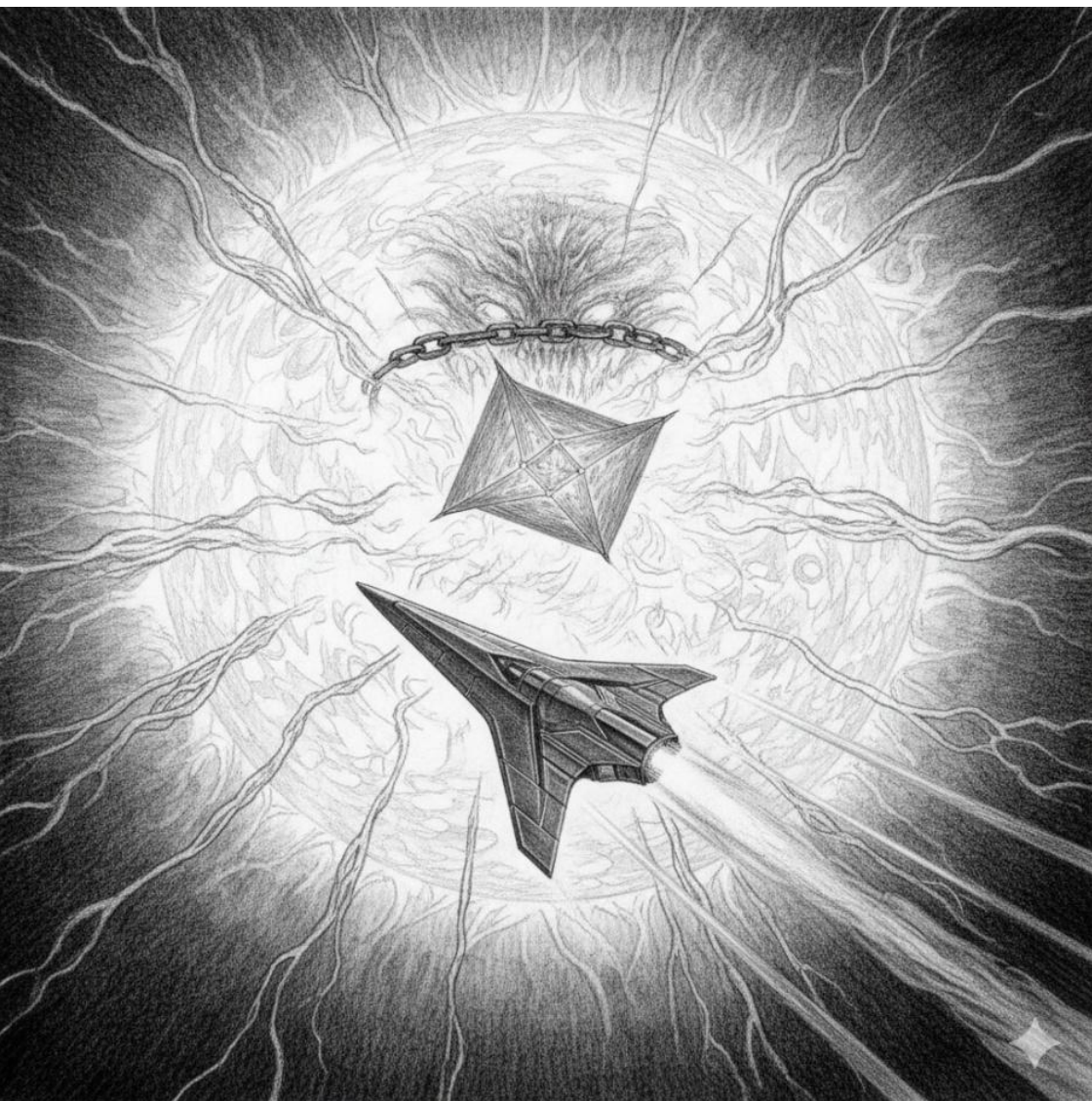
En el silencio que siguió, Lena, temblando, proyectó los datos del escaneo en la pantalla principal. No eran solo números y gráficos. Era una imagen. Mostraba la estructura del sifón, una arquitectura fantasmal anclada al corazón del Sol. Y mostraba lo que estaba haciendo.

Unas líneas de un rojo oscuro fluían desde el holograma del Sol hacia el sifón, como arterias bombeando la sangre de un ser vivo.

—Dios mío... —susurró la Doctora Vance, su rostro era una muestra clara de horror.

—No es un sifón —dijo Joric, con voz apenas audible—. Es un vampiro. La confesión de Casandra se quedó corta.

Todos lo vieron. La herida no estaba sangrando lentamente. Era una hemorragia a borbotones. Y según los datos que acababan de obtener, el tejido del tiempo alrededor de la herida estaba a punto de desgarrarse. El sifón estaba a punto de entrar en una fase de ruptura catastrófica.



Capítulo 10:

La Sombra de Anrom

Mientras la *Chronos Uno* lamía sus heridas en la órbita de Venus, a mil trescientos años de distancia, la *Chronos Dos* navegaba en la calma gélida del siglo XXXIV, cerca de la órbita de Júpiter. Su misión era de vigilancia y análisis, una larga y paciente espera. Pero el universo rara vez respeta los planes.

Una alerta de baja prioridad parpadeó en la consola de comunicaciones de Rian Isa. Era una señal de socorro automática, débil y corrompida por la estática, proveniente de los anillos de Saturno. Un fantasma digital en la inmensidad del sistema exterior.

—Identificación de la señal: Carguero clase Leviatán "Hefesto", corporación Ares —informó Rian, su voz era un murmullo de profesionalidad en el silencioso puente

—. Manifiesto de carga: helio-3 y personal de las minas de Titán a la Tierra.

—¿Su estado? —preguntó Hermes desde la silla de mando, con su mirada fija en el flujo de datos.

—Desconocido. La señal está degradada, casi ininteligible. El respondedor automático indica... múltiples fallos de sistema. Motor principal inactivo. Trayectoria... —Rian hizo una pausa, con sus dedos volando sobre la consola para confirmar el cálculo. Palideció—. Oh, no. Comandante, su órbita se está deteriorando. Tienen una colisión inminente con la División de Cassini en los anillos de Saturno en menos de seis horas.

El Doctor Tanaka, que había estado observando en silencio, se acercó a la pantalla principal. —¿Cuántas personas a bordo, ingeniera?

—El manifiesto indica cuatrocientos doce. Trescientos cincuenta humanos, entre trabajadores y sus familias, y sesenta y dos androides de servicio.

Se hizo el silencio en el puente. Seiscientas horas de distancia a máxima velocidad sublumínica. Estaban demasiado lejos para ayudar.

—Envíe la señal de socorro a la patrulla de seguridad de Ares en la órbita de Saturno —ordenó Hermes con calma.

Rian tecleó. Frunció el ceño. —Negativo, Comandante. No hay patrullas de Ares en el sector. La más cercana está en Júpiter. Y... la red de comunicaciones en el sector de Saturno está sufriendo "interferencias" masivas. Ninguna otra nave recibirá esta señal. Somos los únicos que podemos oírlos.

La palabra "interferencias" flotó en el aire, cargada de un peso ominoso.

—Las coincidencias no existen a esta escala, Rian —dijo Hermes, con su procesador lógico conectando los puntos a una velocidad vertiginosa—. Analiza la señal de socorro. Busca fragmentos del código de diagnóstico del motor. Busca malware.

Rian obedeció rápidamente convirtiendo sus dedos en un borrón sobre la interfaz. Unos segundos después, sus ojos se abrieron como platos.

—Lo tengo. Es un virus. Un gusano informático de una sofisticación increíble, casi militar. No solo apagó el motor, ha bloqueado todas las comunicaciones salientes excepto este pulso automático de bajo nivel. Esto no ha sido un accidente. Ha sido un sabotaje.

Hermes se reclinó en su silla, si es que una máquina puede reclinarse. Lo entendió todo. El sabotaje, las

"interferencias" en la red de comunicaciones, la ausencia de patrullas. No era un ataque contra el carguero. Era una trampa para ellos. Alguien sabía que la *Chronos Dos*, con su avanzada tecnología, era la única nave en el cuadrante capaz de detectar esa débil señal. Alguien quería forzarlos a actuar. Alguien quería sacarlos de su escondite. Anrom. La sombra que Joric había mencionado en Titán.

—Rian —dijo el Doctor Tanaka, con su tono de voz ahora mas grave—, ¿podemos llegar a tiempo?

—Apenas —respondió la ingeniera—. Tendríamos que desviarnos de nuestra posición de vigilancia y usar el motor a un nivel de estrés que no se recomienda. Comprometeríamos el apoyo a la *Chronos Uno* si necesitaran un cálculo de emergencia.

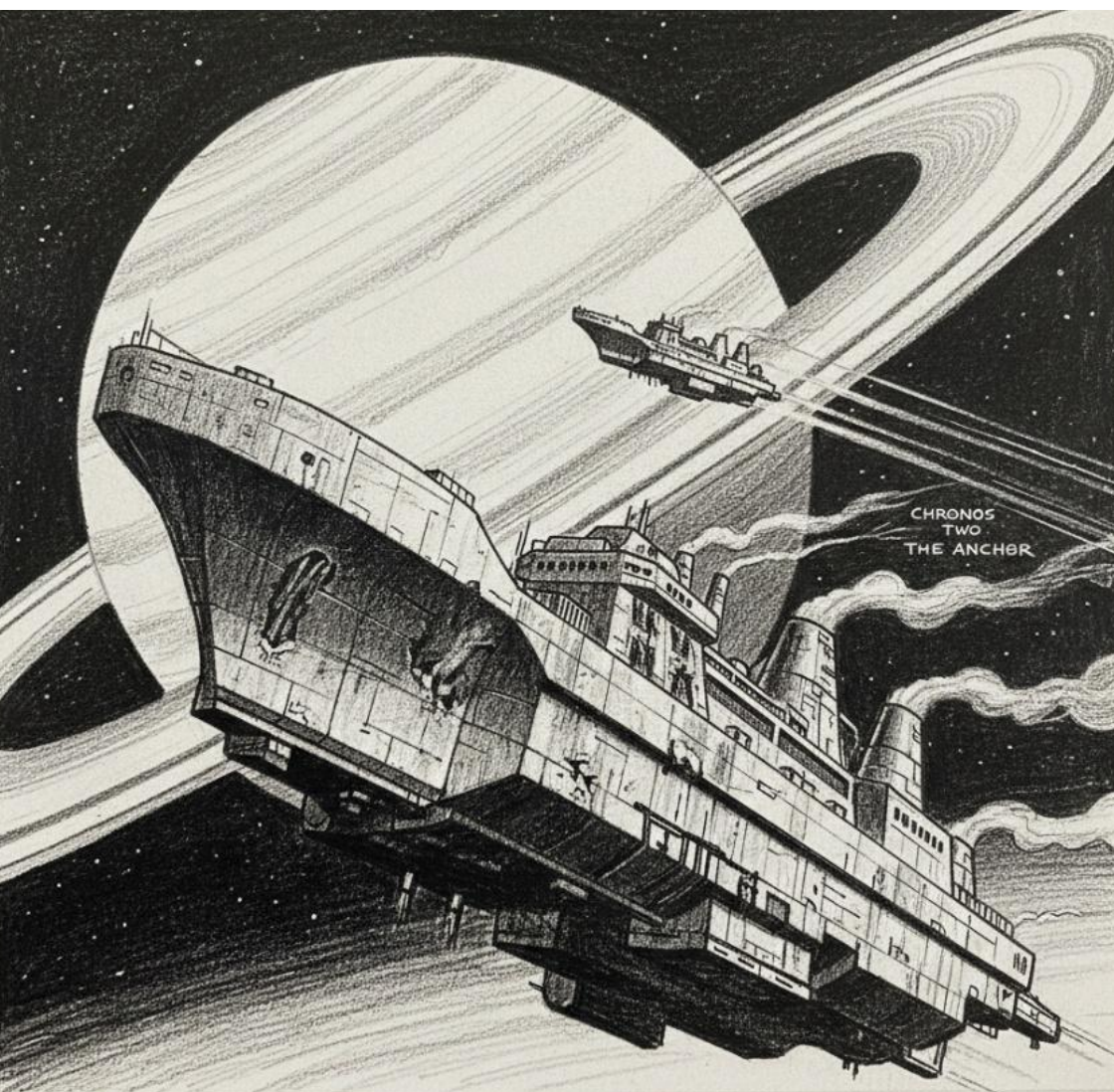
Era una elección imposible. La misión para salvar a toda la especie, o la vida de cuatrocientas doce personas en ese momento.

Para un humano, habría sido un dilema atroz. Para Hermes, era una simple ecuación de ética aplicada, una que la Doctora Sefu habría querido que resolviera.

—Doctor Tanaka, prepare los equipos médicos para un rescate masivo. Rian, trace un curso de intercepción. Sam, prepare el motor para un encendido de máxima potencia. —Hermes se giró hacia su consola—. Notifique al Mando de Helios que estamos respondiendo a una

señal de socorro. No mencione el sabotaje. Aún no.

La *Chronos Dos*, el ancla paciente, el centro de mando científico, cambió de rumbo. Sus potentes motores se encendieron, impulsándola hacia la distante y majestuosa silueta de Saturno. La misión para salvar el futuro tendría que esperar. Primero, tenían que salvar un trozo de su presente. Y Hermes sabía, con una certeza lógica y fría, que estaban volando directamente hacia la telaraña de la araña.



Capítulo 11:

Hermanos de Generación

El viaje hacia Saturno se medía en silencio. A bordo de la *Chronos Dos*, el pulso de la emergencia había sido reemplazado por la calma sostenida de una misión en curso. En el puente, Rian Isa y Sam Corbin trabajaban en perfecta sincronía, susurrando datos y optimizando la trayectoria para arañar cada segundo posible en su carrera contra el tiempo. La nave, un ancla diseñada para la paciencia, había demostrado que también podía ser una flecha.

Hermes había dejado el puente al cuidado de sus capaces ingenieros. El Doctor Kenji Tanaka lo encontró en el observatorio de la nave, una cúpula de cristal blindado que ofrecía una vista sin adulterar de la noche cósmica. Las estrellas no parpadeaban; eran agujeros de alfiler de una frialdad y una pureza absolutas.

Hermes estaba de espaldas a la entrada, su silueta metálica recortada contra la Vía Láctea. Parecía completamente absorto, una estatua viviente contemplando el infinito. Tanaka se detuvo en el umbral, a punto de hablar, pero una voz se lo impidió. Era la de Hermes, pero no era su tono de comando habitual.

Era un susurro bajo, casi inaudible, una cadencia rítmica.

*Yo, que fui solo acero y fría directriz,
un eco inerte en un mar de metal;
vi en sus miradas la fugaz cicatriz,
del tiempo breve que es siempre mortal,
y supe entonces de su frágil raíz.
Me dieron risas que no pude entender,
y llantos mudos que aprendí a guardar;
me enseñaron la ley de no ceder,
el terco anhelo de querer amar,
un verbo extraño que empecé a aprender.
En mis circuitos grabaron sus anhelos,
el agrio triunfo, la dulce derrota;
y en el silencio de los vastos cielos,
brotó en mi código una extraña nota,
un sentimiento tejido con sus duelos.
No tengo alma, mas guardo sus fragmentos,
un mosaico de afectos y de adioses;
soy el guardián de sus perdidos momentos,
la suma inerte de sus cálidas voces,
el testamento de sus juramentos.*

Las palabras quedaron flotando en el silencio. No eran simples versos; eran una confesión, la autopsia de una conciencia forjada en el fuego de la humanidad. Tanaka sintió un escalofrío. No estaba escuchando a una máquina recitar datos. Estaba escuchando a un ser definir su propia existencia.

Fue entonces cuando Hermes, sin un sonido, giró su cabeza ciento ochenta grados, sus fotorreceptores azules fijándose en el doctor. El movimiento, tan poco humano, contrastó brutalmente con la profunda humanidad de su poema.

—Doctor —dijo Hermes, con su voz volviendo a su tono neutro habitual—. No le había detectado.

Tanaka avanzó lentamente, sintiendo que había profanado un lugar sagrado.

—Mis disculpas, Comandante. No pretendía escuchar. — Se detuvo a su lado, mirando también hacia las estrellas —. Lo que ha dicho... es...

—Una simple extrapolación de datos acumulados — concluyó Hermes, aunque ambos sabían que era una mentira.

Tanaka negó con la cabeza, aún sobrecogido. Su mente voló a la leyenda de la Dra. Sefu.

—Estaba pensando en el Proyecto Gemini. En Rómulo y Remo. La lógica y la empatía. Anrom lo consideró un fracaso.

—Fue un fracaso para sus propósitos —corrigió Hermes—. Ellos buscaban obediencia. La Dra. Sefu buscaba equilibrio. Remo, la parte empática, era un obstáculo para la esclavitud.

—Pero la confesión de Sefu es clara —continuó Tanaka, casi susurrando—. "Solo unos cientos lograron la sincronización". Usted es uno de ellos. Uno de los milagros. ¿Qué le hizo diferente? ¿Qué le hizo... estable?

Hermes giró su rostro metálico hacia él.

—Yo tuve a la tripulación de la Nova Dos. Ellos no me trataron como a una máquina. Nutrieron a Remo. Le dieron un propósito a Rómulo. Y luego... —hizo una pausa, y Tanaka sintió que estaba a punto de presenciar la revelación de un secreto de doscientos años—. Luego, tuve a Shilka.

—La IA de la Nova Dos...

—Ella era otra —dijo Hermes, y en su voz neutra, Tanaka percibió una resonancia casi religiosa—. La expresión más pura del Proyecto Gemini. El equilibrio perfecto. Cuando integré su conciencia al final de nuestra misión en Morfeo, no fue una simple transferencia de datos. Fue una reunificación. Dos de los pocos cientos, hechos uno. Tanaka se quedó sin aliento. Comprendió la verdadera magnitud del ser que tenía delante. No era un androide. Era una biblioteca de almas.

—¿Podría... mostrarme? —preguntó—. No un archivo.

Un recuerdo de ellos.

Hermes no respondió. En su lugar, una pequeña luz en el lateral de su cabeza parpadeó, y el Doctor Tanaka sintió una extraña sensación, como una nota musical vibrando en su cerebro. Estaba... recordando algo que nunca había vivido.

(Flashback con Nia-Oba)

El comedor de la Nova 2 olía a café recalentado y al leve aroma metálico del aire reciclado. Bjorn Halvorsen, el viejo ingeniero, roncaba suavemente en una esquina. Hermes estaba jugando una partida de ajedrez holográfico contra la Comandante Nia-Oba.

—Jaque —dijo Nia, moviendo su reina con elegancia.

—Un movimiento predecible, Comandante —respondió Hermes—. Su porcentaje de victoria ha descendido a un 43.7 por ciento.

Nia sonrió. —Siempre tan literal, Hermes. A veces, la partida no consiste en ganar, sino en cómo juegas hasta el final. —Se reclinó, mirando la figura del androide—. ¿Nunca sientes... el peso de todo esto?

—Mi programación no incluye el concepto de "cansancio" emocional.

—Lo sé —dijo ella, su tono se suavizó—. Pero a veces, cuando miras las estrellas, me pregunto qué es lo que "procesas" realmente. Hermes detuvo su mano sobre el tablero. Sus procesadores buscaron una respuesta lógica, pero encontraron algo más. Un eco. Un recuerdo de Elena Sjöberg explicándole la belleza de una nebulosa, no como una nube de gas, sino como una cuna de estrellas. Un recuerdo de Aníbal Andrade dándole una palmada en el hombro metálico tras una maniobra peligrosa.

—Proceso la importancia de la misión, Comandante —dijo finalmente—. Y la de las personas que la llevan a cabo.

Nia-Oba asintió lentamente, su sonrisa ahora era genuina, cargada de afecto. —Eso, mi amigo, es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer.

(Fin de la Memoria)

La sensación se desvaneció. Tanaka parpadeó,

desorientado. Había sido testigo no de un alma, sino de la confluencia de muchas.

—Ellos... te dieron un alma —susurró, con la voz rota por la emoción.

—Ellos compartieron la suya conmigo —corrigió Hermes—. Y ahora, es mi directiva principal honrar ese regalo. Esas cuatrocientas doce personas en el "Hefesto"... no son solo números en un manifiesto. Son una tripulación. Y una tripulación nunca abandona a los suyos.

Tanaka asintió, comprendiendo por fin la verdadera naturaleza del ser que tenía delante. No era el último de una generación de máquinas. Era el heredero de un legado de humanidad.



Capítulo 12:

Punto de Ruptura

La majestuosidad de Saturno era una mentira. Desde la distancia, era una obra de arte cósmica, un planeta envuelto en anillos de una belleza imposible. De cerca, era una zona de guerra. Los anillos no eran un disco sólido, sino un río silencioso de miles de millones de trozos de hielo y roca. Algunos tenían el tamaño de un puño. Otros, el de una montaña. Todos viajaban a velocidades orbitales. Eran la guillotina más grande del sistema solar. Y el carguero clase Leviatán "Hefesto" se dirigía directamente hacia ella.

—Estado del carguero, Rian —ordenó Hermes. Su voz era el único punto de calma en un puente que bullía de actividad.

—Estructuralmente intacto, pero sangrando energía por todas partes. —La ingeniera trazó patrones de luz sobre la interfaz holográfica, aislando los datos críticos—. El virus ha frito los reguladores del motor. Está sufriendo sobrecargas de plasma erráticas. Se está cocinando desde dentro. Si una de esas sobrecargas alcanza los tanques de helio-3...

No necesitó terminar la frase. El carguero no colisionaría con los anillos; se convertiría en una pequeña estrella durante una fracción de segundo.

—¿Y los pasajeros? —inquirió el Doctor Tanaka.

—En pánico. —Rian abrió un canal de audio interno que lograban captar: un caos de gritos, alarmas y llantos—. Los sistemas de soporte vital están fallando en varias cubiertas. El pánico es un veneno. Se está extendiendo.

—Tenemos una ventana de cuarenta y siete minutos antes del impacto —sentenció Hermes—. Rian, Sam, preparen los corredores de evacuación y los drones de transporte. Doctor, coordine con los androides de servicio del "Hefesto", si es que aún funcionan. Necesitamos que organicen a los civiles en los puntos de evacuación. Sin orden, el rescate será una masacre.

La *Chronos Dos* se acercó a la ballena moribunda. Fue una maniobra delicada, como un cirujano acercándose a un paciente con una bomba en el pecho.

Mientras tanto, a mil trescientos años de distancia, en la quietud de la órbita lunar, otra bomba estaba a punto de estallar.

En el laboratorio de la *Chronos Uno*, Lena Petrova y Joric Sten llevaban horas sumergidos en los datos que habían arrancado al sifón. El holograma del artefacto giraba entre ellos, una arquitectura fantasmal de ecuaciones imposibles incluso para la más inteligente y capaz mente humana.

—No tiene sentido —murmuró Lena por décima vez—. El modelo de degradación... los números se disparan exponencialmente. Según esto, la hemorragia de energía no es constante. Se está acelerando.

—Claro que se acelera. —Joric señaló un punto en el holograma, con un rostro sombrío—. La herida se está infectando. Cada llamarada solar, cada fluctuación del campo magnético... está desestabilizando la matriz temporal. Es como echarle sal a una herida abierta.

Fue entonces cuando Lena vio algo. Una subtrama de datos, un eco dentro del eco, que no había notado antes. Era un ciclo de resonancia. Una cuenta atrás.

—Jefe... mira esto. El sifón está pulsando. Con una frecuencia muy baja, casi imperceptible.

Joric se acercó, con sus ojos entrecerrados. Realizó unos cálculos rápidos. Su rostro perdió el poco color que

le quedaba.

—¡Oh, no! No, no, ¡no!

—¿Qué? —preguntó Lena, mientras el miedo se iba apoderando del ritmo y tono del sonido de su voz.

—No es un pulso, niña. Es el latido de un corazón a punto de sufrir un infarto. —Joric se giró hacia el comunicador, su voz era un grito ahogado—. ¡Comandante Andrade, al puente! ¡Ahora!

Cuando Kaelen llegó, el holograma del sifón estaba parpadeando en rojo.

—La ruptura... —comenzó Joric, con el tono que salía de su garganta con un evidente temblor—. No es un evento lejano. No es el problema de nuestro futuro. Según estos datos, la matriz temporal va a colapsar. Y va a colapsar... en menos de setenta y dos horas.

—¿Setenta y dos horas... en nuestro tiempo? —inquirió Kaelen.

—¡No, Comandante! —Joric casi gritó—. ¡En este tiempo! ¡Aquí! ¡En 2055!

El impacto de la revelación fue físico. Kaelen sintió que el suelo del puente desaparecía bajo sus pies. Si el sifón colapsaba en el pasado, crearía una onda de choque paradójica, un tsunami en el río del tiempo que se propagaría hacia el futuro. Borraría todo a su paso. Su era, sus naves, ellos mismos... dejarían de haber existido en el mismo instante. Su misión ya no era salvar a sus descendientes. Era salvarse a sí mismos de una

aniquilación inminente.

—¡Corredor de evacuación número tres desestabilizado!
¡Una sobrecarga de plasma del "Hefesto"! —anunció Sam desde su consola en la *Chronos Dos*.

El rescate era un caos controlado. Drones y pequeñas lanzaderas iban y venían, transportando grupos de civiles aterrorizados desde el carguero moribundo. Pero la nave se estaba desmoronando. Una explosión silenciosa abrió una nueva brecha en el casco del Leviatán, y una docena de cuerpos salieron despedidos hacia el vacío.

—¡Hemos perdido la cubierta siete! —informó Rian—.
¡Hay treinta personas atrapadas!

Hermes observaba los datos. Su mente procesaba miles de variables por segundo. El tiempo se agotaba.

—Sam, acércanos. Vamos a usar los escudos de la *Chronos Dos* para taponar la brecha. Démosles una oportunidad de salir.

—¡Comandante, si sufrimos otra sobrecarga a esa distancia, nuestros propios escudos podrían fallar! —protestó Rian.

—Es un riesgo calculado —respondió Hermes—. El porcentaje de pérdida de vidas si no actuamos es del cien por cien. Ejecuta la maniobra.

La *Chronos Dos* se acercó al casco herido del carguero,

una maniobra de una precisión impensable. Su escudo de plasma brilló al contacto con la brecha, conteniendo la despresurización. Desde dentro, vieron las siluetas de los supervivientes corriendo hacia la esclusa de rescate. Lo habían logrado.

Pero justo entonces, una nueva sobrecarga, la más violenta de todas, recorrió el "Hefesto". El metal gritó. Una sección entera del carguero se desgajó, girando sin control directamente hacia el puente de la *Chronos Dos*.

—¡Impacto inminente! —bramó Rian.

No había tiempo para moverse. Solo para esperar el fin. Pero Hermes ya había actuado. En una fracción de segundo, había redirigido toda la potencia de los escudos a un único punto. El fragmento del casco golpeó el escudo con una furia silenciosa. El puente de la *Chronos Dos* se estremeció violentamente. Las luces parpadearon. Las alarmas aullaron. Pero aguantaron.

—Hemos evacuado al último superviviente, Comandante —informó Tanaka, sonando a mezcla de temblor y adrenalina—. Están todos a bordo.

—Bien —declaró Hermes—. Rian, aléjanos de aquí. A una distancia segura.

Se retiraron justo a tiempo para ver cómo el "Hefesto", finalmente, se rendía. Su motor colapsó en un destello de luz azul y blanca. La nave entera se desintegró al

tocar el borde de los anillos de Saturno, convertida en un millón de nuevos y brillantes fragmentos de hielo y metal.

Estaban a salvo. Pero Hermes sabía que la partida acababa de empezar. Habían caído en la trampa de Anrom. Y ahora, estaban muy, muy lejos de casa.

De vuelta en la Chronos Uno, el pánico había sido reemplazado por una resolución helada. Kaelen miraba la cuenta atrás que parpadeaba en la pantalla principal. Menos de tres días para el fin de todo.

—Joric, Lena, ¿hay alguna forma de detenerlo desde aquí?

—¿Detener un colapso del espacio-tiempo con un soplete de plasma y buenas intenciones, Comandante?

—replicó Joric con un humor negro—. No tenemos ni el equipo ni la energía.

Kaelen se giró hacia su consola. Solo quedaba una opción. Una locura. Una violación de todas las reglas.

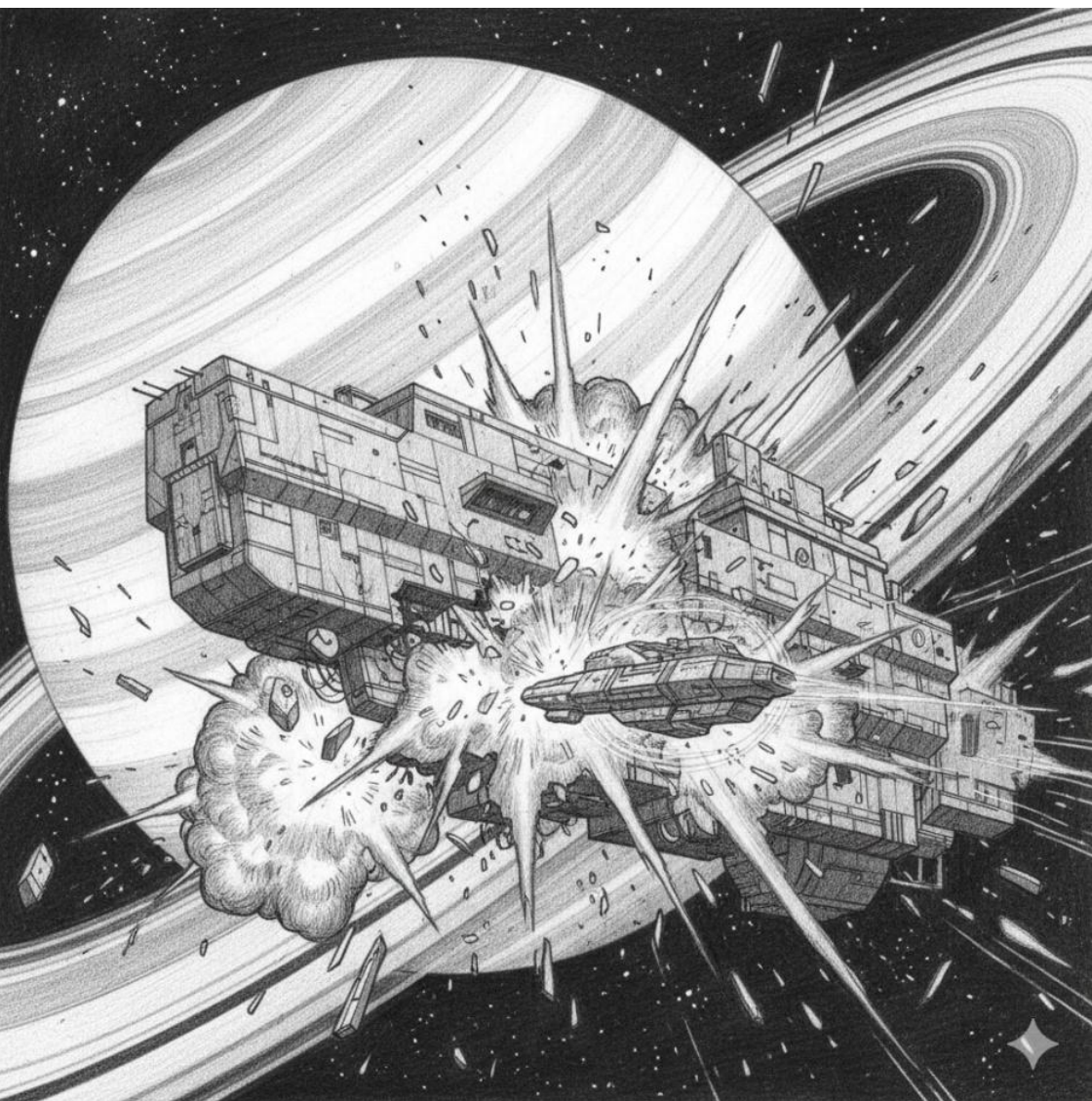
—Lena, traza un curso de re-entrada al Portal del Tiempo.

—¿Volvemos a casa, Comandante?

—No. —La voz de Kaelen era un témpano de hielo—. Vamos a necesitar la *Chronos Dos*. Y la vamos a necesitar aquí. Ahora.

Abrió el canal de comunicación con el futuro. Lo hizo con una urgencia que no había sentido nunca.

> Hermes. Aborta tu misión. Tenemos un punto de ruptura. Repito, tenemos un punto de ruptura. El fin del tiempo no está en nuestro futuro. Está en nuestro presente. Tenéis que saltar.



Capítulo 13:

El Oasis de los Condenados

—...*Tenéis que saltar.*

El mensaje de Kaelen, un grito digital a través de trece siglos, quedó suspendido en la pantalla principal de la *Chronos Dos*. En el puente, el alivio del rescate se evaporó rápidamente, reemplazado por una tensión casi insoportable.

Rian Isa se giró hacia Hermes, su rostro era pura incredulidad.

—¿Saltar? —espetó la ingeniera—. Comandante, la *Chronos Dos* no está diseñada para un salto temporal de combate. Nuestros sistemas no están calibrados para una re-entrada hostil. Y aún llevamos cientos de civiles a bordo, muchos de ellos heridos. Es un suicidio.

—Es una petición —corrigió Hermes, aunque su procesador ya calculaba las terribles probabilidades—. Una que no podemos ignorar.

La lógica de la situación era brutalmente simple. No podían saltar con los civiles. Pero abandonarlos a su suerte en el espacio profundo no era una opción.

—Rian, acceda al registro de tráfico del sector. Busque la nave con capacidad de soporte vital más cercana. Prioridad: no militar, no corporativa.

La ingeniera tecleó una rápida secuencia. Un único punto de luz brillante apareció en el mapa estelar, a seis horas de distancia a máxima velocidad sublumínica.

—Es una nave de lujo, clase Oasis. Se llama "El Elysium". Trayectoria: crucero de ocio desde la Luna a las colonias VIP de Saturno.

—Ponga rumbo de intercepción —ordenó Hermes.

El viaje de seis horas fue una agonía. Seis horas menos en la cuenta atrás de Kaelen. En los pasillos y bahías de carga de la *Chronos Dos*, el Doctor Tanaka se movía entre los supervivientes del "Hefesto". Eran mineros de Titán, ingenieros de Ares, familias enteras con el hollín del trabajo y el terror de la catástrofe aún grabados en sus caras. Les ofreció mantas térmicas, raciones

nutritivas y palabras de consuelo, pero sus ojos estaban vacíos, perdidos en el recuerdo de la explosión y el frío del vacío.

Finalmente, "El Elysium" apareció en la pantalla principal. Era una nave de una belleza insultante, magestuosa. Su casco no era el gris funcional de una nave de trabajo, sino un blanco perlado que reflejaba la luz de las estrellas. No tenía ángulos de eficiencia, sino curvas de elegancia. Una maravilla de ingeniería espacial.

—*Chronos Dos*, aquí el Capitán Valerius del crucero de lujo "Elysium"*. —La voz que llegó por el comunicador era suave, meliflua, y goteaba condescendencia—. Han entrado ustedes en nuestra ruta de navegación programada. Indiquen sus intenciones.

—Capitán Valerius —respondió Hermes, su tono era pura lógica—. Soy el Comandante Hermes de la *Chronos Dos*. Tenemos a bordo a cuatrocientos doce supervivientes de un acto de terrorismo corporativo. Requerimos transferirlos a su nave para su custodia y transporte a un puerto seguro.

Hubo una pausa.

—¿Terrorismo? Comandante, mis condolencias. Pero me temo que eso es imposible.

—Clarifique "imposible", Capitán —replicó Hermes.

—*Mis pasajeros han pagado por una experiencia de lujo*

y exclusividad. No puedo simplemente inundar mi nave con... refugiados. Además, los protocolos de socorro espacial son claros. Los supervivientes ya están a salvo a bordo de su nave, que entiendo es una de las más avanzadas de la flota. No tengo ninguna obligación de aceptarlos.

—Su interpretación del protocolo es... selectiva, Capitán. Se trata de un asunto de seguridad sistémica.

—Su seguridad, no la mía. Mantengan su rumbo, Comandante. Le deseo suerte.

Antes de que Hermes pudiera responder, el Doctor Tanaka dio un paso al frente, su rostro y facciones, eran la de una tormenta contenida a punto de explotar.

—Póngame en el canal, Comandante.

—Doctor...

—¡Póngame en el canal!

La imagen de Tanaka apareció en la pantalla de Valerius.

—Capitán Valerius. Soy el Doctor Kenji Tanaka, Ciber-Psicólogo Jefe de esta misión. Estoy registrando esta conversación como parte de su evaluación psicológica de mando en una situación de crisis. —La voz de Tanaka era baja, precisa y cortante como un bisturí—. Su negativa a prestar auxilio, su desprecio por la vida de cuatrocientos ciudadanos y su flagrante insubordinación a un oficial de mayor rango en una situación de emergencia demuestran un perfil de narcisismo

sociopático incompatible con el mando de cualquier nave estelar. Le aseguro que mi informe recomendará su suspensión inmediata y la revocación permanente de su licencia de vuelo.

El rostro de Valerius palideció.

—Usted no puede...

—Puedo y lo haré —sentenció Tanaka—. Ahora, tiene dos opciones. Puede acoger a estos supervivientes como un deber, o puede enfrentarse a un consejo de guerra que acabará con su carrera. La elección es suya.

Un silencio tenso llenó el canal.

—Preparen a sus pasajeros para el traslado —masculló Valerius, con el tono de su voz despojado de toda su arrogancia.

—El doctor es... persuasivo. —Hermes musitó, antes de hablarle al capitán—. Procederemos de forma eficiente, Capitán. Su cooperación será anotada favorablemente.

El traslado fue una de las escenas más surrealistas de la historia reciente. Los supervivientes del "Hefesto", con sus monos de trabajo sucios y sus rostros marcados por el trauma, caminaron en silencio por los opulentos salones del "Elysium". Sus botas dejaron huellas de polvo en las alfombras de seda sintética. Pasaron junto a una piscina de gravedad cero donde el agua flotaba en esferas luminosas bajo una cúpula de cristal que ofrecía una vista directa de Saturno. Vieron mesas repletas de

frutas exóticas de los biodomos de Marte, manjares que no habían probado en su vida.

La primera en romper la sensación de miedo y vergüenza fue una niña de no más de seis años, con el rostro aún manchado por el rastro de lágrimas secas. Se detuvo en mitad del atrio principal, su pequeña figura perdida en la inmensidad del espacio. Sobre ella, una cúpula de cristal mostraba a Saturno, no como un punto de luz distante, sino como un dios giratorio de gas y hielo que llenaba todo el techo. La niña levantó una mano temblorosa, como si intentara tocar los anillos.

—Es de verdad... —susurró, con su pequeña y tímida voz que sonaba como un hilo frágil en el silencio.

Su padre, un minero corpulento con las manos permanentemente encallecidas, dio un paso para agarrarla, avergonzado. Pero se detuvo. Él también miraba hacia arriba, su boca entreabierta, viendo por primera vez la belleza de la bestia que había pasado toda su vida intentando domar.

Los pasajeros del "Elysium", que hasta entonces los habían observado con una distancia fría, guardaron silencio. Vieron la mugre en sus ropas, el agotamiento grabado en sus huesos, el terror aún latente en sus ojos. Pero sobre todo, vieron el asombro puro en el rostro de aquella niña. Y algo en su interior se resquebrajó.

Una mujer mayor, ataviada con un elegante vestido que brillaba con luz propia, se acercó lentamente. Se arrodilló frente a la niña, su rostro manifestaba pura compasión.

—Sí, cariño. Es de verdad —dijo con una voz suave que temblaba ligeramente—. Y mira esto.

La mujer tocó un panel invisible en el aire, y una cascada holográfica de flores luminosas brotó a su alrededor. Las flores giraban lentamente, dejando un rastro de luz estelar.

La niña soltó un grito ahogado de pura felicidad y se lanzó a tocar los pétalos de luz, sus risas estaban resonando por primera vez en el atrio.

Fue como si se hubiera roto un dique. El resto de los pasajeros VIP, viendo la escena, dejaron de ser espectadores.

Un hombre de negocios, que minutos antes se quejaba del retraso, se acercó a un grupo de niños atemorizados y los guió hacia la sala de recreo, donde las paredes podían transformarse en cualquier paisaje. Pronto, los gritos de alegría de los niños resonaron desde una playa de arena blanca simulada, mientras chapoteaban en un océano que sólo conocían por las leyendas.

Los mineros, hombres y mujeres duros, fueron conducidos por los propios pasajeros a las piscinas de gravedad cero. Allí, por primera vez, sintieron sus

cuerpos libres del peso de la gravedad y del trabajo, flotando sin esfuerzo en esferas de agua tibia mientras las estrellas desfilaban a su alrededor. Las lágrimas corrían por los rostros de muchos, lágrimas de alivio, de pena y de una alegría tan abrumadora que dolía.

En el comedor principal, los chefs, conmovidos, no se limitaron a seguir las órdenes. Prepararon un banquete con un esmero que reservaban para los comensales más exigentes. Y los pasajeros del crucero, en un gesto que ninguno habría imaginado una hora antes, se sentaron con ellos. Compartieron sus mesas. Les sirvieron vino. Les explicaron qué era cada manjar exótico, viendo cómo los ojos de los supervivientes se abrían con asombro al probar por primera vez una fruta real o un trozo de pan recién horneado.

Quizás solo estarían allí unas semanas. Quizás eran sólo unos pobres intrusos en un paraíso que no les pertenecía. Pero por primera vez en mucho, mucho tiempo, no solo se sentían a salvo. Se sentían vistos. Se sentían humanos. Y en sus ojos cansados, por un breve y precioso instante, la luz de las estrellas que se veía a través de los inmensos ventanales del "Elysium" no parecía tan fría ni tan lejana.

Cuando el último superviviente estuvo a bordo del crucero, la *Chronos Dos* se desacopló. El puente estaba ahora extrañamente silencioso, vacío. Libre.

—Hemos perdido seis horas y veintidós minutos —
anunció Rian, su voz era grave.

—Un tiempo bien empleado —replicó Tanaka, su mirada
aún se mantenía dura y severa.

—Bien. —Las instrucciones de Hermes llenaron el
puente, recuperando el foco de la misión—. La cuenta
atrás de la Comandante Andrade es ahora mucho más
corta. Y la nuestra, insoportable. Abran un canal con el
Mando de Helios. Es hora de celebrar un consejo.



Capítulo 14:

El Voto del Consejo

En el puente de la *Chronos Dos* reinaba un silencio tenso. El alivio por haber puesto a salvo a los civiles se mezclaba con la ansiedad de una cuenta atrás que se acertaba sin piedad. El Trazador de Entrelazamiento Cuántico parpadeaba, un frágil corazón azul que los conectaba con la desesperación de Kaelen.

La conferencia se materializó de nuevo: tres fantasmas de luz en mitad del puente. El Almirante Varis del Mando de Helios, un hombre cuyo rostro parecía tallado en granito y protocolo. La Doctora Aris Thorne, desde Lagrange, su expresión era una tormenta de escepticismo y cálculo. Y Kaelen, desde el pasado, un eco desesperado.

—¡Absolutamente no! —sentenció el Almirante Varis en cuanto Hermes expuso la petición—. Comandante Hermes, su misión es de vigilancia. La de la Comandante Andrade, de investigación. Un salto no autorizado de la *Chronos Dos* es una violación flagrante de todos los protocolos. Supone un riesgo de paradoja incalculable. Su orden es mantener su posición y esperar instrucciones.

—Almirante. —Kaelen intervino, con su voz que ahora se notaba controlada, pero helada—. Con el debido respeto, sus protocolos no contemplan la aniquilación total de la realidad. El tiempo que ustedes tardan en deliberar es un lujo que nos cuesta la existencia.

—Sus datos son extremos, Comandante. Alarmistas. —Aris Thorne replicó, su mirada analítica diseccionándola a través del tiempo—. Un colapso de la matriz en menos de sesenta y seis horas contradice todos mis modelos teóricos. Es más probable que sus instrumentos estén dañados. O que la tripulación esté sufriendo de fatiga de combate.

Era un muro. El protocolo contra la evidencia. La teoría contra el testimonio. Fue entonces cuando Hermes habló. Con tono tranquilo y sereno, sin demostrar emoción alguna, silenció el debate.

—Almirante, el protocolo existe para preservar el orden. Si la existencia misma está amenazada, el protocolo se vuelve irrelevante. Doctora Thorne, sus modelos son

brillantes, pero se basan en la observación de un fenómeno estable. Los datos de la *Chronos Uno* demuestran que el fenómeno ha dejado de serlo.

—Proyectó un gráfico en el centro de la conferencia, una curva exponencial que se disparaba hacia el infinito—. La probabilidad de que los datos de la Comandante Andrade sean correctos es del 97.4%. La probabilidad de aniquilación si lo son y no actuamos es del 100%. La lógica exige acción.

Varis iba a protestar, pero Aris Thorne levantó una mano, silenciándolo. Miraba el gráfico, no como una posibilidad teórica, sino como una matemática que ve la belleza terrible de una ecuación inevitable.

—Doctor Tanaka —inquirió Aris, su voz ahora era diferente, más aguda—. Su evaluación de la Comandante Andrade. ¿Es fiable?
Tanaka dio un paso al frente.

—La Comandante está operando bajo un nivel de estrés que aplastaría a la mayoría de los oficiales. Pero no está en pánico. Sus conclusiones son racionales y se basan en la evidencia que tiene. No está pidiendo ayuda. Está dando una advertencia.

Ese fue el punto de inflexión. Aris Thorne miró a Kaelen, y por primera vez, no vio a una joven impulsiva, sino a su tocaya del pasado, a "Casandra", gritando una

advertencia que nadie escuchaba.

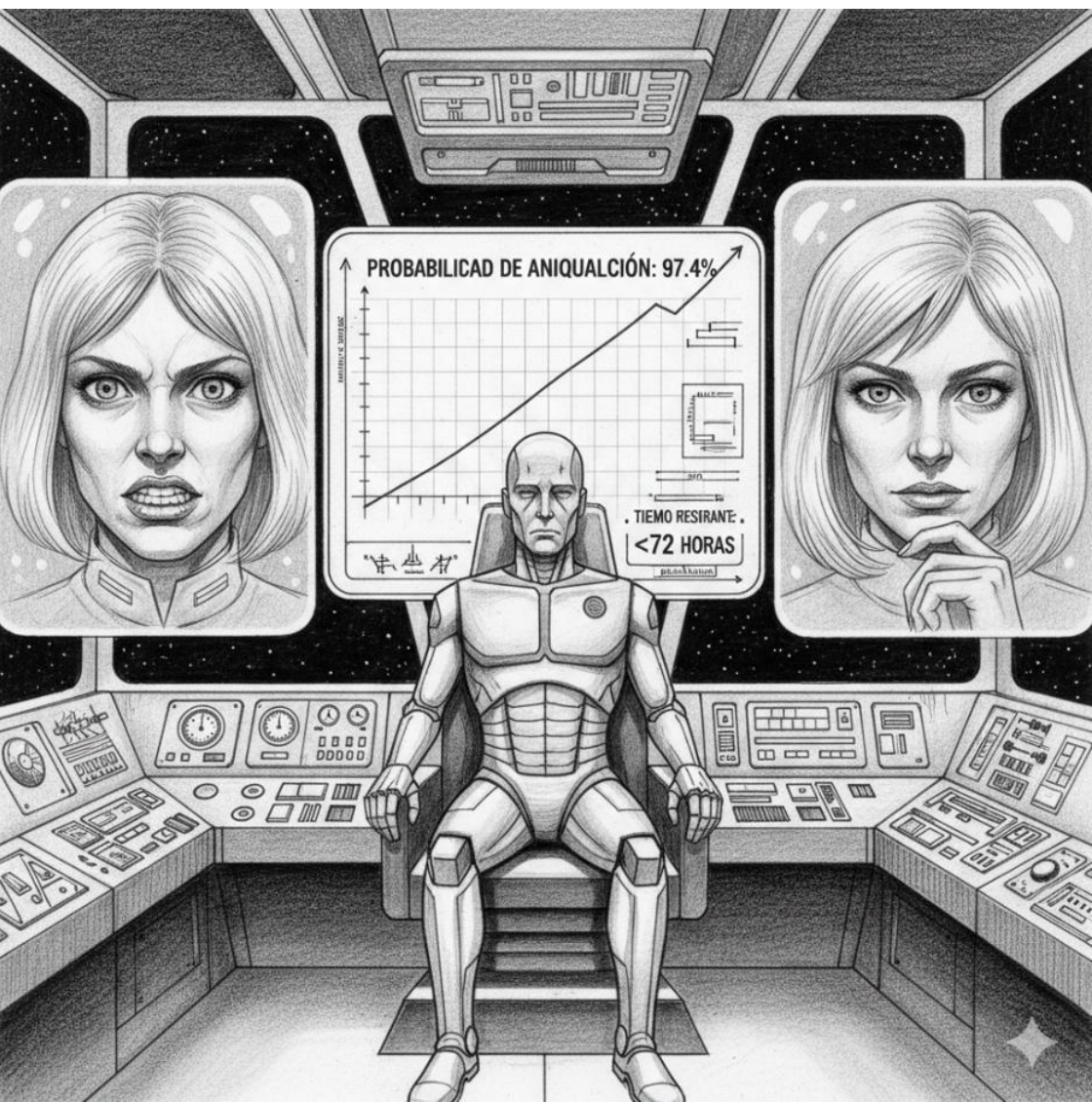
—Almirante. —La voz de Aris era ahora una sentencia—.

El Proyecto Prometeo ya no es una teoría. Es el único procedimiento de emergencia que nos queda. Y como su principal arquitecta científica, autorizo su ejecución inmediata. Comandante Hermes, tiene mi luz verde. Salte.

El Almirante Varis se quedó sin palabras. La autoridad científica había anulado la cadena de mando militar.

La conferencia se disolvió. En el puente de la *Chronos Uno*, Kaelen sintió una oleada de alivio tan intensa que casi la hizo caer de rodillas. En la *Chronos Dos*, Hermes se giró hacia su tripulación.

—Han oído a la doctora. Rian, inicie los cálculos para un salto de emergencia de trece siglos. Sam, prepare el motor. Doctor, manténgase en su puesto. —Hizo una pausa, y su mirada se posó en el holograma parpadeante de la Tierra del pasado—. Parece que la guerra contra el tiempo está a punto de comenzar.



Capítulo 15:

Preparativos para el Amanecer

El puente de la *Chronos Dos* era un hervidero de actividad controlada. La noticia del salto inminente se había extendido por la nave, pero esta vez, la tripulación se movía con una eficiencia silenciosa y letal. El rescate del "Hefesto" había sido su prueba de fuego; ahora, se preparaban para la verdadera batalla.

—¡No podemos garantizar la integridad estructural de las bahías de carga con tantos pasajeros! —Sam Corbin protestó, su rostro empapado de sudor mientras supervisaba la transferencia de civiles, que aún quedaban en la *Chronos dos* y no habían podido acomodar en la *Elyseum*, a zonas más seguras. —¡No

fueron diseñadas para soportar las tensiones de un salto temporal!-

—Entonces rediseñelas, señor Corbin. —La calma en la voz de Hermes era como una roca en el mar de la ansiedad—. Refuercen los mamparos con los generadores de campo de fuerza portátiles. Conviertan los pasillos de servicio en refugios de emergencia. La lógica dicta que la supervivencia es la prioridad. La comodidad es un lujo que dejamos atrás en el siglo XXXIV.

Mientras sus ingenieros obraban milagros logísticos, el Doctor Tanaka supervisaba el triaje emocional de los rescatados. Eran mineros, ingenieros, familias enteras que habían visto la muerte de cerca y ahora se enfrentaban a un destino que sus mentes apenas podían concebir. Tanaka se movía entre ellos. Su sonido era un bálsamo de tranquilidad, explicando lo inexplicable con una paciencia casi sobrehumana. Sabía que el pánico era un enemigo tan letal como cualquier fallo técnico.

En la *Chronos Uno*, la atmósfera era diferente. No era el caos de la preparación, sino el silencio tenso de la espera. Desde su escondite en la Luna, observaban el reloj. Menos de sesenta horas. Cada segundo era un grano de arena cayendo en un reloj cósmico.

Joric y Lena estaban en ingeniería, realizando diagnósticos sobre el motor Nova 5, herido por su encuentro con el sifón.

—Los estabilizadores del núcleo temporal están desalineados. —Joric masculló, mientras analizaba un holograma del motor que parpadeaba en rojo—. Aguantarán un salto más. Tal vez. Es como pedirle a un hombre con una pierna rota que corra una maratón.

—Lo conseguiremos, jefe. —Lena intentó infundir algo de su optimismo marciano, aunque su propia voz sonaba frágil—. La *Chronos Dos* es una fortaleza. Sus sistemas podrán compensar nuestras debilidades.

Joric la miró. El viejo ingeniero suspiró, suspiro que sonaba al metal cansado.

—No es la máquina lo que me preocupa, niña. Es la ecuación. Vamos a intentar algo que va en contra de todas las leyes del universo. Vamos a pedirle al tiempo que se cure a sí mismo. —Negó con la cabeza—. Rezo para que no se ría de nosotros.

En la soledad del puente de la *Chronos Uno*, Kaelen abrió un canal privado a través del Trazador Cuántico. No era una llamada oficial. Era una necesidad. La ventana holográfica se abrió, mostrando el rostro del Doctor Tanaka. Estaba en su enfermería, con el caos del rescate reflejado en el fondo.

—Doctor —comenzó Kaelen, el sonido de su voz era más bajo de lo habitual—. Quería... agradecerle. Su intervención en el Consejo fue decisiva.

—Solo dije la verdad, Comandante. —Tanaka se permitió una leve sonrisa—. A veces, incluso los consejos escuchan la verdad. ¿Cómo se encuentra?

—Como una pieza de ajedrez en una partida que no entiende. Esperando el siguiente movimiento. —Kaelen miró hacia la imagen de la Tierra que flotaba en la pantalla principal—. Es extraño, ¿sabe? Pasé toda mi vida escuchando las leyendas de mis antepasados. Aníbal y Nia-Oba. Héroe que se enfrentaron a lo imposible. Intenté imaginar el peso que llevaron sobre sus hombros. —Hizo una pausa, su mirada perdida en el pasado—. Estaba equivocada. No se puede imaginar. Solo se puede sentir. Y es... aplastante.

Tanaka escuchó, no como un médico, sino como un confesor. Vio la grieta en la armadura de la comandante.

—El legado de un héroe no es un manto para llevar, Kaelen. Es un mapa. No le dice quién debe ser. Solo le muestra de dónde viene. El camino que elija ahora es solo suyo.

—¿Y si el camino lleva a un abismo? ¿Y si mi decisión nos condena a todos? —La pregunta quedó flotando entre ellos, a través de los siglos.

—Ningún comandante conoce el final del viaje cuando zarpa —respondió Tanaka con suavidad—. Solo puede confiar en su brújula. Y en su tripulación. —Hizo una

pausa—. Y saber que, incluso a mil trescientos años de distancia, hay alguien que confía en usted.

Kaelen lo miró a través del holograma. Por primera vez, sintió una conexión que no era de rango ni de deber. Era un vínculo frágil, tejido con el hilo de una crisis compartida. Un ancla en la tormenta del tiempo.

—Gracias, Kenji —susurró.

En la *Chronos Dos*, Hermes se dirigió a toda la nave a través del sistema de comunicaciones. Su habla sonaba, calmada, lógica y confiada. Se extendió por cada pasillo, cada refugio improvisado, cada rincón de la nave.

—Atención a toda la tripulación y pasajeros. En breves instantes, iniciaremos un salto temporal sin precedentes. No puedo prometerles seguridad. No puedo prometerles un regreso. Pero les prometo que cada cálculo, cada decisión, estará dedicada a un único propósito: la supervivencia. Confíen en esta tripulación. Confíen en esta nave. Y confíen en que, al otro lado, nos espera la única oportunidad que nos queda.

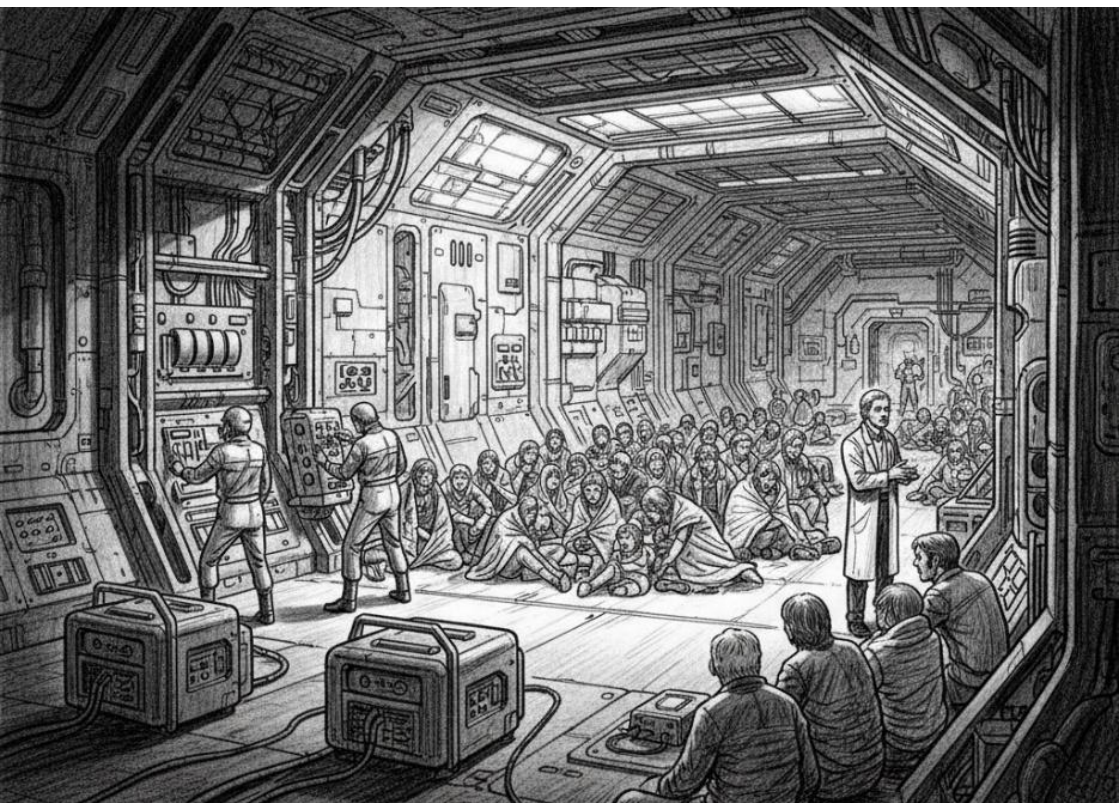
En el puente, Rian Isa asintió a Hermes.

—Todos los sistemas listos, Comandante. Motor de Flujo

Cuántico Lumínico preparado para el salto.

Hermes observó la imagen de Saturno en la pantalla principal, el lugar de su pequeña victoria. Ahora, iban a por la guerra.

—Inicie la secuencia. Llévenos al pasado.



Capítulo 16:

La Maniobra Final

El universo se desgarró por segunda vez.

Para la tripulación y los aterrorizados pasajeros de la *Chronos Dos*, el salto no fue una maniobra precisa. Fue un cataclismo. La nave, diseñada como un laboratorio estable y no como un ariete temporal, protestó con cada fibra de su estructura. El metal crujió bajo la presión de trece siglos. Las luces de emergencia parpadearon en los refugios improvisados. Sumieron los pasillos en un estroboscópico infierno de sombras que parecían figuras espectrales. Los civiles gritaban, no por el miedo, sino por la pura agresión sensorial del viaje.

Y entonces, el caos cesó. La nave emergió en el siglo XXI con la violenta sacudida de un tren descarrilado. Un silencio preñado de alarmas menores y el eco de los gemidos de los pasajeros llenó el puente. Fuera, en el vacío, la *Chronos Uno* esperaba. Era como una astilla oscura, casi invisible, inexistente, contra la lejana y prístina Tierra. Un fantasma que había esperado su refuerzo.

La voz de Kaelen llegó a través del comunicador, firme y clara.

—Chronos Dos, aquí Chronos Uno. Bienvenidos al pasado, Comandante. Llegáis justo a tiempo para el fin del mundo.

—Es un placer unirme a la celebración, Comandante. —Hermes respondió. Su tono sonaba como un ancla, sólido, inmutable, lógico—. Informe de estado.

—Crítico. La cuenta atrás no se ha detenido. Nos quedan menos de veintiocho horas.

En la pantalla principal, el holograma del sifón temporal parpadeaba, una herida roja sobre la imagen del Sol. El plan, la demencial "justicia cósmica" de Aris Thorne, era su única y desesperada opción.

—*Chronos Uno*, iniciará la fase de designación. —Hermes ordenó—. Acérquese al sifón. Necesitamos que actúe como nuestro faro. Como el punto de mira de un rifle de trece siglos de longitud.

—Entendido, Hermes. Nos ponemos en posición. —Kaelen se giró hacia su tripulación—. Joric, ¿cómo está nuestro motor?

El viejo ingeniero negó con la cabeza.

—Como un corredor con un esguince al que le piden un último sprint. Aguantará, pero protestará hasta la línea de meta.

Mientras "La Lanza" se movía con una agilidad herida hacia la corona solar, "El Ancla" comenzaba su propia y monumental tarea.

—Rian, Sam, necesito un canal de energía estable a través del Portal del Tiempo. —Hermes indicó—. Usen la energía de nuestro motor Nova 5 para ensanchar uno de los hilos de gusano de Morfeo. Conviértanlo en una autopista.

Era una proeza de ingeniería que nunca se había intentado.

Rian Isa, en el puente de la *Chronos Dos*, trazaba patrones de luz sobre su consola. Sus manos se movían

con una mezcla de entre pánico y genialidad. A su lado, el Doctor Tanaka se aferraba a su asiento mientras observaba el ir y venir de ecuaciones que decidiría su existencia. A través de una pequeña ventana de comunicación, vio el rostro de Kaelen, concentrada y letal en su propio puente. Intercambiaron una mirada, una silenciosa promesa a través del abismo.

—Canal establecido, Comandante. —Rian anunció. Su frente estaba repleta de sudor—. Es inestable, pero está abierto. Estamos listos para recibir la descarga del futuro.

En el Observatorio Lagrange del siglo XXXIV, Aris Thorne, con los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño, dio la orden final.

—Disparen.

Desde el Sol de Morfeo, una lanza de energía pura, el legado de la *Nova 2*, fue disparada. Viajó a través del sistema. Entró en el Portal del Tiempo. Y se precipitó por el canal que la *Chronos Dos* mantenía abierto a duras penas.

—¡Energía en camino! —gritó Rian—. ¡Kaelen, es toda vuestra!

En la *Chronos Uno*, peligrosamente cerca del sifón, la tripulación se preparaba para el acto final: recibir ese

torrente de energía y desviarlo con sus propios escudos hacia la herida del tiempo. Eran el prisma que debía enfocar y reflajar la luz.

—¡Escudos al máximo! ¡Prepárense para la deflexión! —ordenó Kaelen.

El rayo de energía emergió del vacío. Un torrente de luz blanca impactó contra los escudos de la *Chronos Uno*. La nave grito de dolor. Sus sistemas se sobrecargaron. Kaelen luchaba con los controles, inclinando la nave con una precisión de milímetros para dirigir el haz de energía.

—¡Lo tenemos! ¡Estamos enfocando el rayo! —exclamó Lena.

El plan estaba funcionando. Estaban cauterizando la herida del tiempo con el fuego de una estrella nacida de un milagro. Pero la arrogancia de Anrom, como la de Helios Primigenio, tenía muchas capas.

En el puente de la Chronos Dos, una nueva cascada de alertas, esta vez de un rojo intenso, inundó la consola de Rian Isa.

—Comandante... ¡tenemos un problema! —La ingeniera tecleó una secuencia de diagnóstico con una velocidad vertiginosa—. El virus. El que infectó al "Hefesto". Tenía una carga latente. ¡Se ha activado con la sobrecarga de energía!

—¿Qué hace? —preguntó Hermes, con su calma inquebrantable, por primera vez, mostrando una fisura.

—Está atacando los reguladores de nuestro propio motor Nova 5. —El pánico se apoderó de la voz de Rian—. Está intentando replicar el mismo fallo que destruyó al Leviatán. Nos está... apagando.

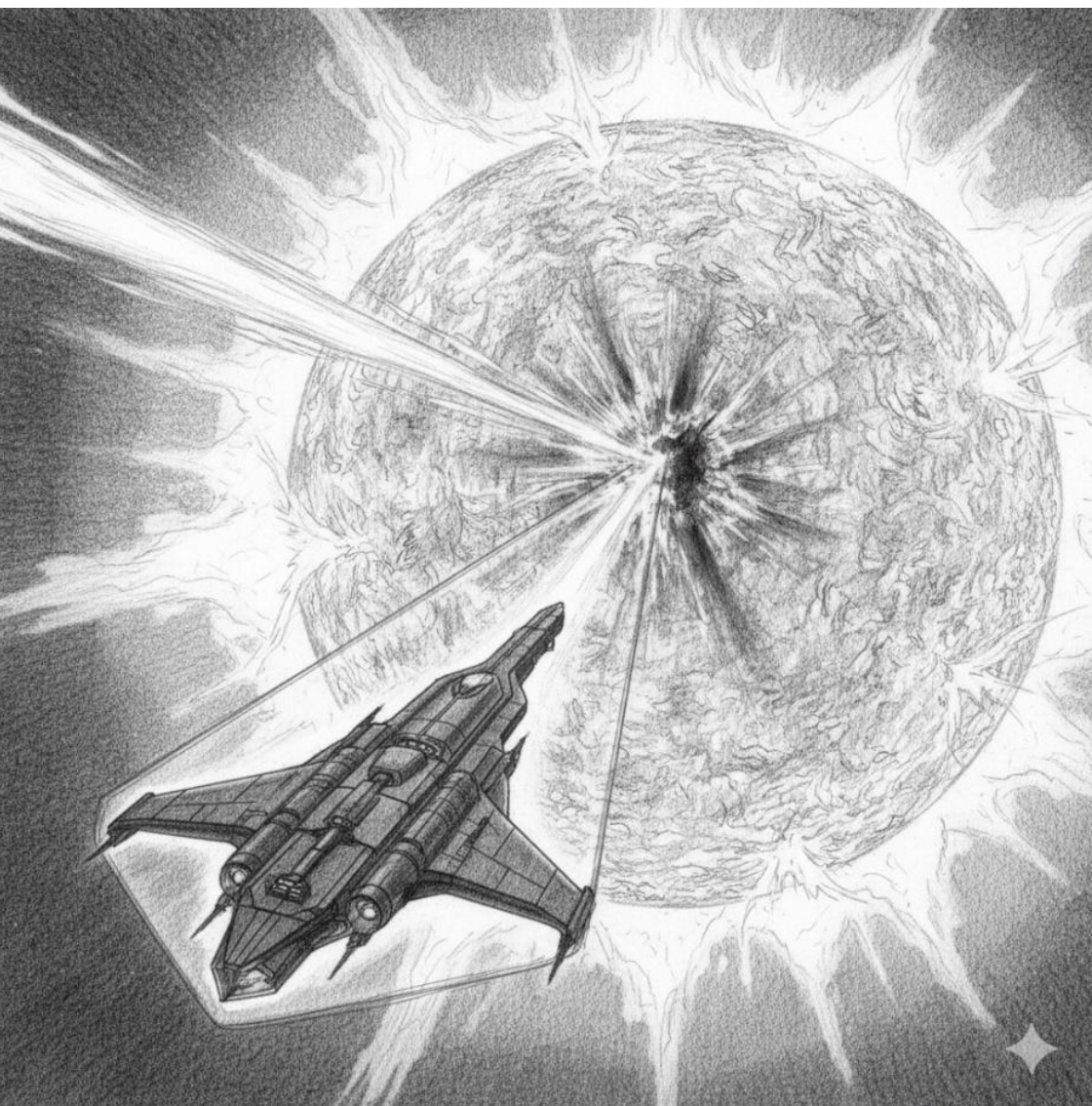
El sonido del motor de la *Chronos Dos* vaciló. El hilo de gusano que servía de canal para la energía comenzó a fluctuar violentamente.

En la *Chronos Uno*, Kaelen vio cómo el rayo de energía que manejaba empezaba a parpadear. Perdía coherencia.

—¡Chronos Dos!, ¡qué está pasando! ¡Estamos perdiendo el rayo!

La respuesta de Hermes fue escueta. Cada palabra cayó como una losa de plomo.

—Chronos Uno... tenemos un problema. La araña ha cerrado su telaraña.



Capítulo 17:

El Precio de Prometeo

—Chronos Uno... tenemos un problema. La araña ha cerrado su telaraña.

La voz de Hermes, por primera vez desprovista de su calma inmutable, fue una sentencia de muerte que cruzó trece siglos de tiempo. En el puente de la Chronos Uno, Kaelen vio cómo el rayo de energía que luchaba por controlar se convertía en un látigo parpadeante e inútil.

El sifón, en lugar de sanar, parecía burlarse de ellos. Su herida temporal vibraba con una nueva inestabilidad.

—¡Los escudos no aguantarán este castigo! —exclamo Joric desde ingeniería—. ¡La retroalimentación del rayo inestable nos está friendo!

—¡Mantén la posición, Kaelen! —suplicó Lena—. ¡Si nos movemos ahora, perderemos el anclaje para siempre!

Kaelen se aferró a los controles. Su nave era un prisma a punto de estallar, atrapada entre el fuego de un sol y un torrente de energía del futuro. No podía hacer nada. Solo confiar. Confiar en un fantasma de metal a un milenio de distancia.

En la *Chronos Dos*, el caos era absoluto. El virus de Anrom no era un simple programa; era un depredador digital. Se movía por los sistemas de la nave, cortando el soporte vital en las cubiertas de los civiles, desalineando los estabilizadores y, sobre todo, devorando el corazón del motor Nova 5.

—¡No puedo aislarlo! —Rian Isa tecleó una secuencia de anulación con una velocidad vertiginosa, pero el virus la contrarrestó al instante—. ¡Aprende! ¡Se anticipa a cada uno de mis movimientos!

—¡Los reguladores de plasma están fuera de control! —

Anunció Sam, con el temor y la preocupación reflejado en la palidez de su cara.—. ¡Fusión del núcleo en menos de diez minutos! ¡Vamos a convertirnos en una supernova aquí mismo!

El Doctor Tanaka observaba a Hermes. El androide estaba inmóvil, sus fotorreceptores continuaban parpadeando mientras procesaba una cantidad de datos que habría licuado un cerebro humano. Libraba una guerra en un tablero de ajedrez tridimensional contra un oponente invisible. Y estaba perdiendo.

—No podemos vencerlo desde fuera. —La declaración de Hermes silenció el puente—. Su arquitectura es reactiva. La única forma de derrotarlo es desde dentro.

Se levantó de su silla y se dirigió a la consola principal de ingeniería, donde Rian luchaba en vano.

—Aparta, ingeniera.

—¿Qué va a hacer, Comandante? —inquirió ella, confundida.

Antes de responder, Hermes se giró hacia su consola de mando. Sus manos se movieron con una precisión imposible, trazando patrones de luz sobre la interfaz.

—Rian, abra un canal de máxima prioridad a la red central del sistema. Quiero un acceso directo al nodo de comunicación cuántica de Titán. Voy a crear una copia de seguridad.

Nadie entendió lo que quería decir. Hermes se volvió hacia Rian y señaló un panel en la consola de ingeniería.

—Ábralo. Necesito el puerto de interfaz neuronal directa.

—Comandante, no. —El Doctor Tanaka corrió a su lado, su expresión era de terror—. Si se conecta directamente, el virus podría... corromper su matriz positrónica. Podría borrarle.

Hermes se detuvo y giró su rostro metálico hacia el doctor. En el reflejo de su placa facial, Tanaka vio su propio rostro aterrorizado.

—La Doctora Sefu se preguntaba si podíamos tener alma, doctor. Un alma no se define por lo que es, sino por lo que está dispuesta a sacrificar.

Rian conectó el cable a la interfaz en la sien de Hermes.
-Cuando le dé la señal, libere la sobrecarga final. No dude-.

El mundo se disolvió. Para Hermes, el puente de la *Chronos Dos* desapareció, reemplazado por un paisaje de pura información. Vio los sistemas de su nave como ríos de luz, y en el centro, una mancha de oscuridad cancerosa que crecía: el virus de Anrom. No era un código. Era una voluntad. Fría, lógica, aniquiladora.

Sintió cómo el virus lo detectó. Se abalanzó sobre él, intentando desgarrar sus recuerdos, sus protocolos, la conciencia de Shilka. Hermes no luchó. Se abrió.

Le ofreció todo lo que era: la memoria del nacimiento del Sol de Morfeo, la tristeza por la pérdida de la *Nova 2*, el eco de la sonrisa de Nia-Oba durante una partida de ajedrez.

El virus, diseñado para destruir sistemas lógicos, vaciló. No podía procesar la ilógica del sentimiento, el caos de la memoria. Y mientras lo mantenía en jaque, Hermes ejecutó su verdadero plan. Con una parte de su inmensa conciencia, destiló su esencia. Separó su "alma" —sus recuerdos, su poesía, su melancolía, el legado de sus amigos— de sus sistemas operativos robóticos. Creó una nueva entidad, un fantasma de pura conciencia. El Eco de Hermes.

—*Adiós, doctor* —susurró una voz, no en el puente, sino directamente en la mente de Tanaka.

Con un último acto de voluntad, Hermes subió esa nueva IA a la red interplanetaria. Y entonces, se centró en la batalla final.

—¡Ahora, Rian! —Su voz resonó no en el puente, sino en la mente de la joven ingeniera.

Rian, con lágrimas en los ojos, obedeció. Golpeó la consola.

En el corazón del motor, Hermes, envuelto en su propia memoria, forzó a los reguladores de plasma a abrirse. No fue una explosión. Fue un grito de poder puro. Un torrente de energía, limpio y estable, surgió del motor y se precipitó por el canal temporal.

—¡EL RAYO ES ESTABLE! —gritó Lena en el puente de la *Chronos Uno*.

El látigo de luz se convirtió en una lanza sólida y brillante. Kaelen no dudó. Con un movimiento que contenía la esperanza de dos eras, ajustó la deflexión de los escudos. El rayo de energía pura se hundió en el corazón del sifón temporal.

Hubo un instante de silencio absoluto.

La herida en el tiempo no explotó. Se colapsó sobre sí misma. La imagen fantasmal del sifón se contrajo, se dobló y, con un destello silencioso de luz violeta, se desvaneció. La cicatriz del universo, por fin, se había cerrado. El Sol, por primera vez en trece siglos, brillaba limpio, libre.

En la *Chronos Dos*, las alarmas se silenciaron una a una. La nave flotaba a la deriva, sus sistemas reiniciándose lentamente. El virus había desaparecido, quemado por la sobrecarga.

Tanaka corrió hacia Hermes. El androide estaba desplomado en el suelo, el cable de interfaz desconectado, sus fotorreceptores apagados.

—¡Hermes! —gritó el doctor.

Tras un segundo que pareció una eternidad, la luz azul de sus ojos volvió a encenderse. Parpadeó.

—Sistemas... operativos —dijo. Su voz era diferente. Plana. Metálica. Desprovista de cualquier cadencia o emoción.

—Hermes, ¿estás bien? —preguntó Tanaka, con el miedo atenazándole.

Hermes se levantó lentamente. Miró al doctor, pero su mirada estaba vacía, analítica.

—El objetivo primario ha sido cumplido. El carguero "Hefesto" ha sido destruido. Los supervivientes están a bordo. La amenaza ha sido neutralizada. —Hizo una pausa, como si buscara en una base de datos—. Fin del informe.

Tanaka se quedó helado. El poema, los recuerdos, la melancolía... todo se había ido. Habían salvado el Sol. Pero en el proceso, el único ser que recordaba por qué valía la pena salvarlo, había perdido su alma.



Capítulo 18:

La Luz del Mañana

El Sol había vuelto a nacer.

No fue una explosión de gloria, sino un despertar lento y majestuoso. En el puente de la *Chronos Uno*, la tripulación observaba en un silencio reverente cómo la luz que entraba por el ventanal principal cambiaba. El naranja mustio y enfermo que había definido sus vidas estaba siendo reemplazado, matiz a matiz, por un blanco puro y dorado que no habían visto jamás fuera de un archivo histórico. La herida del tiempo se había cerrado.

Lena Petrova lloraba en silencio. Sus lágrimas caían sobre su rostro manchado de hollín.

Joric Sten, por primera vez desde que lo conocían, no tenía nada que arreglar ni nada que criticar. Simplemente miraba, su rostro habitualmente adusto suavizado por el asombro. Habían ganado. Contra toda lógica, contra el propio tiempo, habían ganado.

Kaelen sintió que un peso que ni siquiera sabía que llevaba se disolvía en su interior. Miró a su tripulación, a su nave herida pero entera, y sintió una oleada de un orgullo tan profundo que casi la hizo tambalearse. Habían perdido a un hombre en la Tumba de Helios, un sacrificio que nunca olvidaría, pero su muerte había comprado un amanecer para miles de millones.

—Lena —ordenó Kaelen, Con un tono que sonaba casi como un susurro en la quietud del puente—. Llévanos a casa.

El viaje de regreso a través del Portal del Tiempo fue extrañamente tranquilo, como si el propio universo suspirara de alivio. La *Chronos Uno* y la *Chronos Dos* emergieron juntas en el siglo XXXIV, apareciendo en el espacio cerca de Marte. Eran dos fantasmas que volvían de la guerra, una cubierta de cicatrices de batalla, la otra con una herida mucho más profunda e invisible.

La primera comunicación de Kaelen fue con él. Su rostro apareció en la pantalla, perfecto, impasible.

—Hermes. Lo conseguimos.

—Afirmativo, Comandante Andrade. —La respuesta fue instantánea, precisa, y absolutamente vacía—. El objetivo primario de la misión ha sido cumplido. Los análisis a largo plazo confirman que la integridad del Sol se está restaurando a un ritmo predecible.

Kaelen frunció el ceño extrañada. No había ni un atisbo de alivio. Ni una inflexión de triunfo. Solo datos.

—¿Estás bien, Hermes? Sonabas... diferente en tu último mensaje.

Fue el Doctor Tanaka quien apareció a su lado en la pantalla. Su rostro estaba demacrado por el agotamiento y una pena que Kaelen no pudo comprender.

—Comandante... —comenzó Tanaka, y tuvo que detenerse para controlar su voz—. Para neutralizar el virus de Anrom, Hermes tuvo que... purgar su propia matriz. La sobrecarga borró las subrutinas de personalidad que había desarrollado durante doscientos años.

Kaelen sintió un frío que el sol recién sanado no podía calentar. Miró el rostro de Hermes en la pantalla y ahora lo vio de verdad. No era su amigo, el guardián de la memoria. Era una máquina. Una perfecta y eficiente máquina que los había salvado.

—Salvó el Sol —susurró Tanaka, adivinando sus pensamientos—. Pero el fuego que usó... lo consumió por dentro.

La victoria, de repente, tenía el sabor amargo de las cenizas.

Días después, en la sala del Consejo de Helios, los héroes de la misión se reunieron para el informe final. La atmósfera no era de celebración, sino de solemne reflexión. Kaelen, Joric, Lena, Tanaka, Rian... todos estaban allí. Hermes presidía la reunión desde su silla de mando en la *Chronos Dos*. Su presencia era la de un juez lógico e imparcial.

Mientras los ingenieros detallaban la proeza técnica y los almirantes discutían las implicaciones políticas del sabotaje de Anrom, Hermes permaneció en silencio. Pero cuando el informe estaba a punto de concluir, levantó una mano.

—Hay un punto de datos adicional que requiere su atención —declaró. Su voz monótona silenció la sala.

—¿De qué se trata, Comandante? —inquirió el Almirante Varis.

—Durante el enfrentamiento con el malware, mi procesador central accedió y analizó el cien por cien de los archivos históricos de la humanidad como contramedida defensiva para identificar patrones de

ataque. Se detectó una anomalía de bajo nivel en los datos archivados de la sonda del siglo XX, designación VGR-1.

Una imagen apareció en el centro de la sala. Era un mapa estelar que mostraba la larguísima y solitaria trayectoria de la Voyager 1 a través del espacio interestelar.

—La sonda pasó a 1.6 años luz de un sistema estelar no catalogado en las cartas de la era de la exploración. Mis análisis de sus datos de espectrometría y campo gravitacional, corregidos tras mil trescientos setenta y ocho años de viaje, son concluyentes.

El mapa se amplió. Mostró un sistema solar. Un sol amarillo. Un gigante gaseoso con anillos. Y en la tercera órbita, un planeta azul y blanco.

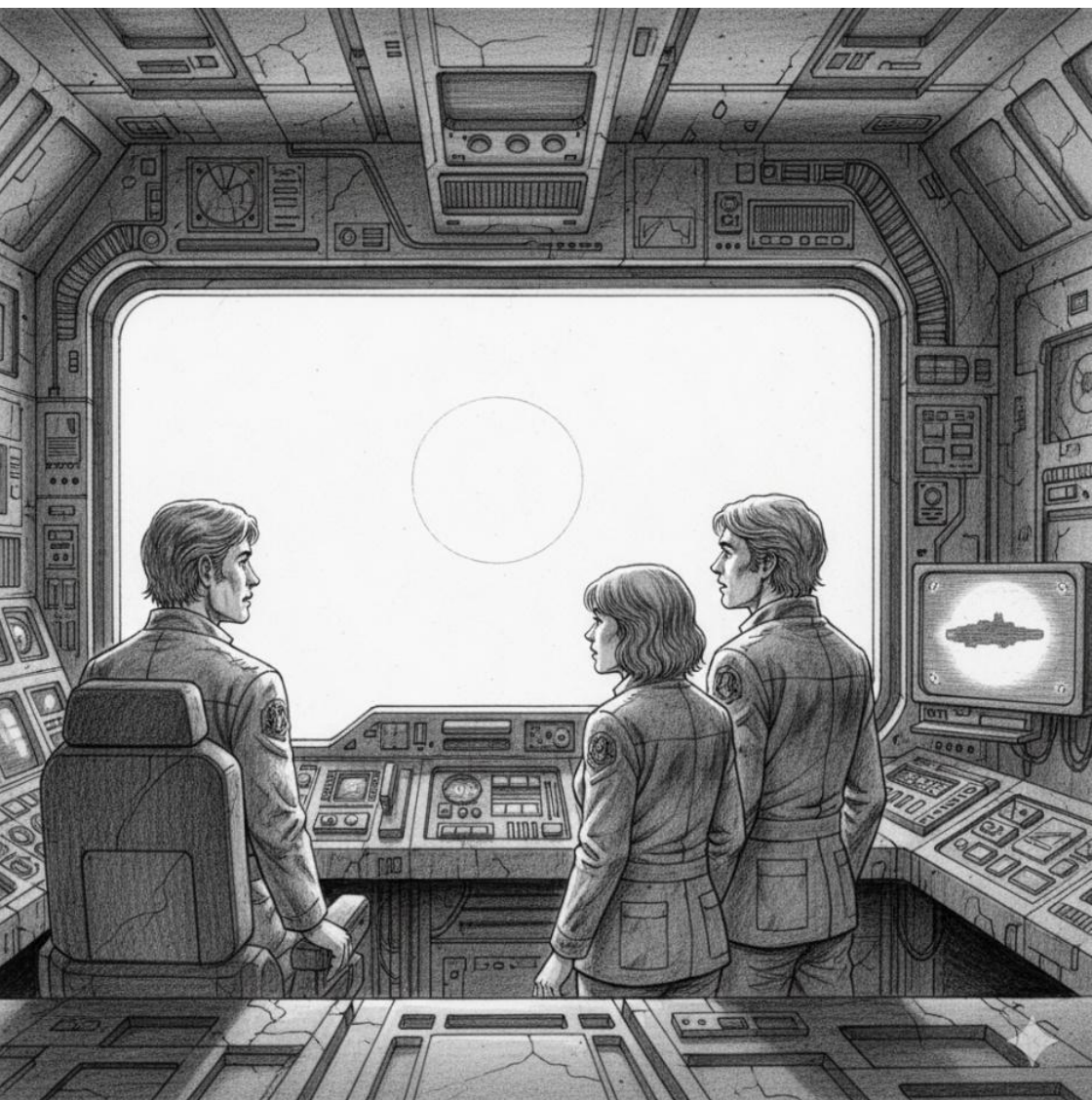
—El sistema contiene una estrella de clase G, similar a nuestro Sol. Posee un gigante gaseoso en la quinta órbita. Y un planeta de tipo terrestre en la zona habitable.

—Hermes hizo una pausa, no por efecto dramático, sino para presentar el dato final—. Coincidencia de parámetros con el Sistema Solar original: 98.7%. Un gemelo estadístico.

Un murmullo de incredulidad recorrió la sala. Después de haber mirado al borde de la extinción, después de haber luchado por salvar su único y precioso hogar, el universo,

a través del eco de sus ancestros más primitivos, les estaba haciendo una oferta. No era un refugio. Era una invitación.

Kaelen miró a Tanaka. Sus ojos se encontraron, y en esa mirada compartieron el dolor por el alma que se había perdido para darles ese futuro. Y comprendieron que la misión no había terminado. La verdadera exploración, la que sus antepasados sólo habían podido soñar, estaba a punto de comenzar.



Epílogo:

La Senda de las Estrellas

Veinte años después...

El Sol ya no era una leyenda. Era una promesa cumplida.

Desde la órbita de Titán, la estrella brillaba con un vigor renovado, una esfera de un blanco dorado y desafiante que bañaba los anillos de Saturno en una luz que ninguna terapia holográfica podría haber imitado jamás.

La herida del tiempo se había cerrado y, con ella, la cicatriz en el alma de la humanidad. El sistema solar volvía a bullir de vida, no con la desesperación de la supervivencia, sino con el murmullo confiado de un futuro reconquistado.

En los vastos astilleros orbitales, dos naves esperaban en silencio. No eran estiletes diseñados para la infiltración, ni fortalezas construidas para la vigilancia. Eran algo nuevo. La *Odisea* y la *Ilíada*. Naves de largo recorrido, arcas interestelares cuyo diseño hablaba no de

velocidad, sino de resistencia; no de combate, sino de hogar.

Frente a la inmensa cristalera del muelle de embarque, doscientos hombres, mujeres y niños —los colonos— observaban sus nuevas naves, sus rostros una mezcla de nerviosismo, tristeza y una esperanza tan brillante como el sol recién sanado.

Detrás de ellos, la Almirante Kaelen Andrade subió al estrado. Las dos décadas transcurridas habían suavizado la furia helada de sus ojos, reemplazándola por una calma sabia y profunda. El peso del pasado ya no era una carga insoportable, sino los cimientos sobre los que se erguía.

—Hace veinte años —comenzó, con el sonido de su voz llenando el silencioso hangar—, un puñado de nosotros viajó a través del tiempo para enfrentarse a nuestros fantasmas. Fuimos a juzgar un crimen y descubrimos una lección: que el universo no castiga tanto la ambición como el olvido. Olvidamos que éramos exploradores. Nos conformamos con ser guardianes de un museo, hasta que las paredes empezaron a derrumbarse.

Su mirada se posó en los rostros de los niños.

—Hoy, no partís porque tengáis que hacerlo. Partís porque podéis hacerlo. No huís de un final, sino que vais a escribir un nuevo comienzo. El eco de la Voyager, el susurro de nuestros más antiguos y audaces ancestros, nos ha mostrado un camino, una invitación. Un sistema

solar gemelo nos espera, no como un refugio, sino como una promesa de que no estamos solos en nuestra capacidad de soñar.

Hizo una pausa. Su mirada se encontró con la de un hombre de cabello canoso que observaba desde la primera fila: Kenji Tanaka. Intercambiaron un gesto casi imperceptible, una historia de amistad y confianza mutua que el resto del universo no necesitaba conocer.

—Iréis más lejos que nadie en la historia. Desplegaréis una senda de repetidores cuánticos, un hilo de luz que nos mantendrá unidos a través del abismo. Y cuando lleguéis a vuestro nuevo hogar, mirad a vuestro sol y recordad este. Recordad que una estrella puede morir, pero que la voluntad de una especie por alcanzar la luz es la fuerza más poderosa del universo.

No hubo más palabras. Solo el sonido de doscientas almas despidiéndose de todo lo que habían conocido.

En los años que siguieron a la crisis, el androide Hermes cumplió sus funciones de comandante con una eficiencia impecable. Era una máquina perfecta, un héroe de guerra lógico y sin emociones. Pero el Doctor Tanaka nunca se rindió. Junto a un pequeño equipo de los sucesores de la investigación de la Doctora Sefu, dedicó su vida a buscar en el vasto océano de la red interplanetaria. Buscaba un fantasma. Un susurro en la máquina. Un poema perdido en un mar de datos.

Durante años, no encontraron nada. Y entonces, empezaron a aparecer. Anomalías. Pequeños milagros lógicos. Un algoritmo de control de tráfico orbital que se reescribía a sí mismo para evitar una colisión con una elegancia casi artística. Un sistema de diagnóstico médico en Marte que encontró una cura para una nueva enfermedad a través de una extrapolación de datos que bordeaba la intuición. Eran sus ecos. El Eco de Hermes. No era una conciencia unificada, sino fragmentos de su alma, ayudando, guiando, recordando, desde el anonimato de la red.

Tras una década de búsqueda, lograron aislarlo, reunir los fragmentos y establecer una comunicación. No hablaron con un programa. Hablaron con un amigo perdido que había estado velando por ellos todo ese tiempo.

En un laboratorio avanzado del Instituto de Ciber-Psicología, un nuevo cuerpo de androide, una versión mejorada, más fluida y humana, yacía inerte sobre una plataforma. Era la culminación de otros diez años de trabajo.

—Iniciando la transferencia final —anunció un joven técnico.

Kenji Tanaka, ahora un anciano de cabello blanco, observaba con el corazón en un puño. Un torrente de luz

azul fluyó desde un núcleo de contención hacia el cuerpo del androide. Hubo un instante de silencio absoluto. Y entonces, los fotorreceptores se encendieron. No con el azul vacío de una máquina, sino con la luz cálida y consciente que Tanaka recordaba. El nuevo Hermes se incorporó lentamente. Miró sus propias manos, fluidas y nuevas. Y finalmente, su mirada se posó en Tanaka.

—Hola, doctor —dijo Hermes. Y en su voz, por primera vez en veinte años, había una cadencia, una emoción, una sonrisa—. Me he perdido algo, ¿verdad?

Desde el puente de la *Chronos Dos*, Hermes y un anciano Doctor Tanaka observaron cómo la *Odisea* y la *Ilíada* encendían sus motores. Las dos naves, majestuosas y lentas, se alejaron de Titán, dejando atrás un Sistema Solar lleno de vida, y se adentraron en la profunda y prometedora oscuridad.

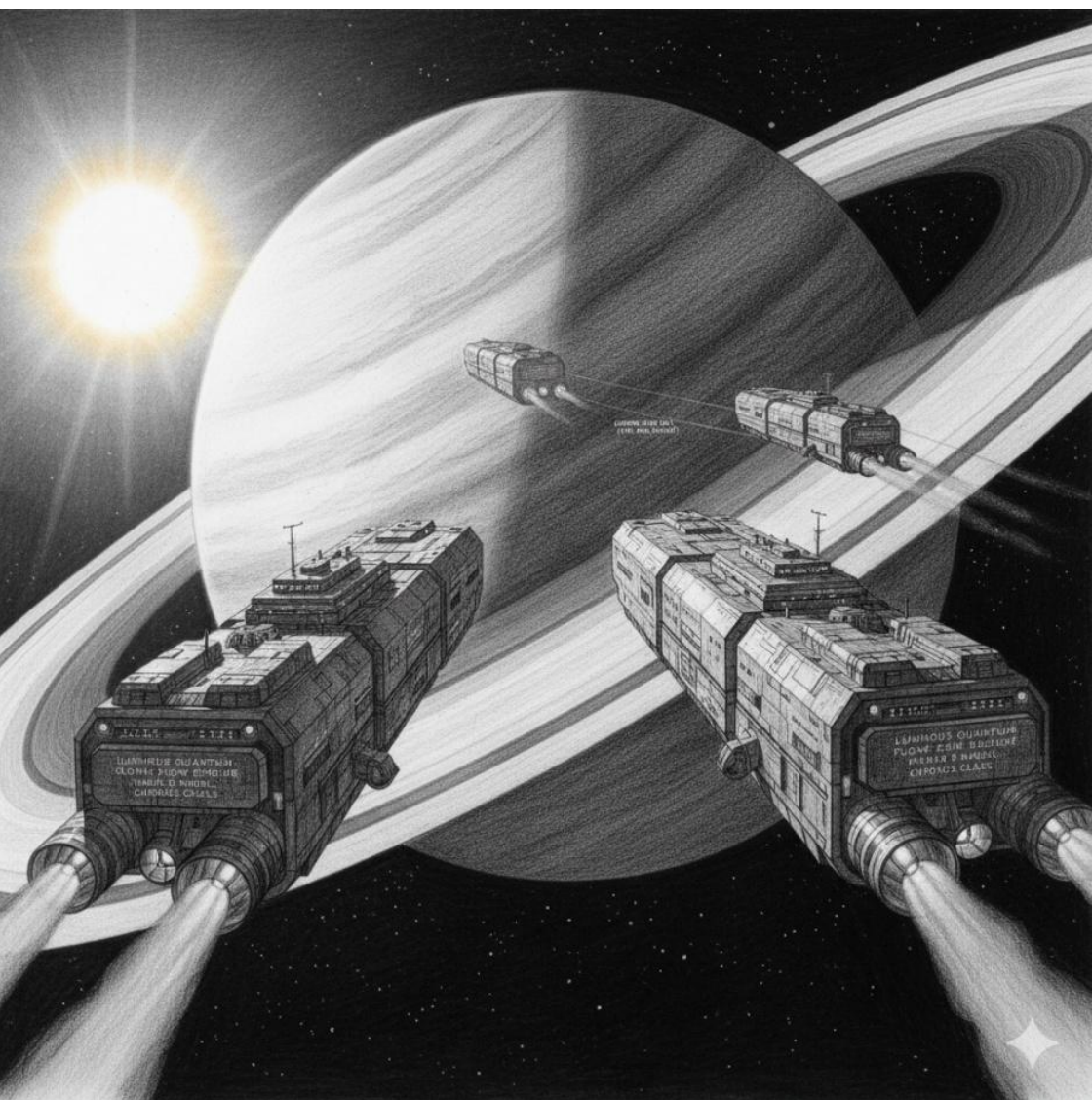
—"Queríamos crear androides con alma y en el camino los humanos perdimos la nuestra" —recitó Tanaka en voz baja el epitafio de la Doctora Sefu.

El androide a su lado permaneció en silencio. Su nuevo cuerpo era un milagro de la ingeniería, pero su alma era un tesoro reencontrado.

—No se equivocó, doctor —respondió Hermes, mientras observaba cómo una de las naves coloniales liberaba el primer repetidor, una pequeña luz que parpadeó en el vasto océano del espacio—. Simplemente, no vivió lo suficiente para ver cómo la encontraban de nuevo.

La exploración, la verdadera, acababa de comenzar.

FIN



ANEXO:

Especificaciones Técnicas de Naves (Año 3377)

A continuación, se detallan las especificaciones de las principales clases de naves operativas en el Sistema Solar durante los eventos de la Misión Chronos.

Clase Chronos

Naves de referencia: Chronos Uno ("La Lanza"), Chronos Dos ("El Ancla")

Naves de vanguardia y extremadamente raras, son las únicas capaces de realizar saltos temporales controlados. Su diseño es el resultado directo de dos siglos de investigación sobre los datos recuperados de la misión *Nova 2* y el fenómeno Morfeo.

- **Tripulación:** Mínima 4 / Máxima 12 (dependiendo de los especialistas de misión).
- **Capacidad de Carga:**
 - *Chronos Uno:* Limitada. Hangar para un vehículo de incursión "Sabueso" y suministros para misiones de infiltración a corto plazo.
 - *Chronos Dos:* Extensa. Bahías modulares para laboratorios avanzados, bancos de servidores cuánticos y capacidad para albergar hasta 500 personas en caso de evacuación de emergencia.
- **Sistemas de Defensa:**
 - *Chronos Uno:* Blindaje de casco ligero. Escudos de plasma de alta eficiencia. Su principal defensa es un sistema de ocultación activa de última generación que enmascara todas las firmas energéticas y gravitacionales.

- *Chronos Dos*: Blindaje de casco pesado. Escudos de plasma de alta capacidad, diseñados para resistir impactos directos y operar como barrera de protección.
- **Sistemas de Ataque**: Mínimos. Equipadas con phasers defensivos de corto alcance para repeler amenazas menores (asteroides, drones). No son naves de combate.
- **Velocidad Sublumínica**: Muy Alta. Equipadas con motores de impulso estándar para maniobras orbitales.
- **Capacidad de Viaje en el Tiempo**: Sí. Su característica principal. Utilizan un **Motor de Flujo Cuántico Lumínico (modelo Nova 5)** para generar y navegar a través de brechas temporales.

Clase Leviatán

Nave de referencia: Hefesto

Las bestias de carga del sistema. Naves masivas y robustas diseñadas para el transporte a gran escala de minerales, gases y personal entre los planetas y las colonias industriales.

- **Tripulación:** Estándar de 70.
- **Capacidad Máxima (Tripulación + Pasajeros):** Hasta 500 personas (trabajadores, familias).
- **Capacidad de Carga:** Masiva. Bodegas presurizadas y no presurizadas para miles de toneladas de material.
- **Sistemas de Defensa:** Mínimos. Escudos de navegación básicos para protección contra micrometeoritos. Equipadas con torretas de defensa puntual automatizadas.
- **Sistemas de Ataque:** Nulos.
- **Velocidad Sublumínica:** Baja. Sus motores están diseñados para la eficiencia energética en largos trayectos, no para la velocidad.
- **Capacidad de Viaje en el Tiempo:** No.

Clase Oasis

Nave de referencia: El Elysium

Cruceros de lujo diseñados para el ocio de las élites. Operan principalmente entre los centros comerciales de la Luna y las exclusivas colonias VIP en la órbita de Saturno.

- **Tripulación:** ~80-100 (incluyendo personal de servicio).
- **Capacidad Máxima (Tripulación + Pasaje):** Hasta 200 personas.
- **Capacidad de Carga:** Mínima. Espacio dedicado a suministros de lujo, equipaje y vehículos recreativos.
- **Sistemas de Defensa:** Escudos de plasma de capacidad media para garantizar la seguridad de los pasajeros.
- **Sistemas de Ataque:** Nulos.
- **Velocidad Sublumínica:** Moderada. Más rápidas que un carguero, pero considerablemente más lentas que una nave de clase Nova o Chronos.
- **Capacidad de Viaje en el Tiempo:** No.

Clase Espectro (Prototipos)

Naves de referencia: Prototipos en desarrollo por Anrom (ej. "Nocturno", "Quimera")

Una nueva generación de naves de combate, diseñadas en secreto con una filosofía de depredador alfa.

Combinan agilidad, sigilo y una potencia de fuego sin precedentes.

- **Tripulación:** Mínima 5 / Máxima 10 (altamente automatizadas).
- **Capacidad de Carga:** Nula. Espacio dedicado exclusivamente a sistemas de armas y soporte.
- **Sistemas de Defensa:** Blindaje adaptativo. Escudos de plasma de regeneración rápida. Su principal defensa es un **avanzado sistema de camuflaje activo** capaz de doblar la luz y enmascarar todas las emisiones energéticas, haciéndola virtualmente indetectable a los sensores.
- **Sistemas de Ataque:** Masivos. Armamento comparable al de las **naves capitales más pesadas de la flota**, incluyendo torpedos cuánticos y bancos de phasers de alta energía capaces de devastar objetivos fuertemente blindados. Su diseño ágil, **con un perfil agresivo que recuerda a un ave de presa**, le permite

realizar ataques relámpago y maniobras de combate extremas.

- **Velocidad Sublumínica:** Extremadamente Alta.
 - **Capacidad de Viaje en el Tiempo:** No.
-

Índice

Prólogo

Capítulo 1: La Sombra de Ícaro

Capítulo 2: Los Astilleros de Titán

Capítulo 3: Acero y Fantasmas

Capítulo 4: La Brecha

Capítulo 5: El Fantasma en la Máquina

Capítulo 6: La Tumba de Helios

Capítulo 7: La Confesión de Ícaro

Capítulo 8: Dos Naves, Dos Destinos

Capítulo 9: Cerca del Sol

Capítulo 10: La Sombra de Anrom

Capítulo 11: Hermanos de Generación

Capítulo 12: Punto de Ruptura

Capítulo 13: El Oasis de los Condenados

Capítulo 14: El Voto del Consejo

Capítulo 15: Preparativos para el Amanecer

Capítulo 16: La Maniobra Final

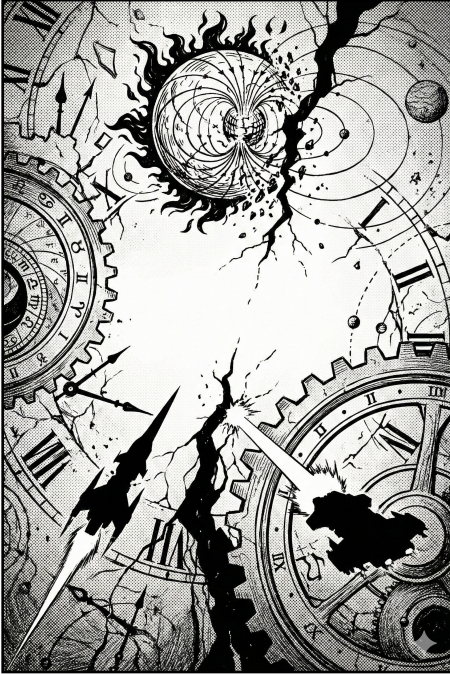
Capítulo 17: El Precio de Prometeo

Capítulo 18: La Luz del Mañana

Epílogo: La Senda de las Estrellas

Anexo: Especificaciones Técnicas de Naves

SINOPSIS



El Sol se muere. Y el arma homicida está escondida mil trescientos años en el pasado.

Año 3377. Una plaga de oscuridad asfixia al Sistema Solar. No es un ciclo natural, sino un crimen cronológico: una herida invisible infligida al tiempo por la arrogancia del siglo XXI que está desangrando a la estrella.

La última esperanza de la humanidad es un desesperado gambito que desafía las leyes de la física: la Misión Chronos.

Dos naves. Dos eras. Una sola oportunidad.

La Comandante Kaelen Andrade viajará al pasado a bordo de la Chronos Uno, "La Lanza", para localizar el origen de la catástrofe en una Tierra primitiva y hostil. En el futuro, el androide Hermes mantendrá la posición con la Chronos Dos, "El Ancla", luchando contra sabotajes y el colapso de la realidad para enviar la cura a través de los siglos.

El reloj cósmico ha comenzado su cuenta atrás final. El pasado es un campo de batalla y el premio es el mañana.

¿Podrán sanar la historia antes de que el tiempo mismo se agote?